

Marx y la Sociología

De la confrontación
al reconocimiento



COLECCIÓN GENERAL
biblioteca abierta

Sociología

Clemencia Tejeiro Sarmiento

EDITORA

Departamento de Sociología
Facultad de Ciencias Humanas
Sede Bogotá



UNIVERSIDAD
NACIONAL
DE COLOMBIA

Autores

Víctor Manuel Alarcón Yepes

Universidad Nacional de Colombia

Luis Alberto Carmona Sánchez

Universidad Nacional de Colombia

Juan Carlos Celis Ospina

Universidad Nacional de Colombia

Gustavo Cortés Suaza

Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia

Nicolás Boris Esguerra Pardo

Universidad Nacional de Colombia

Darío Mesa Chica

Universidad Nacional de Colombia

Marcello Musto

York University (Toronto, Canadá).

Héspes Eduardo Pérez Rivera

Universidad Nacional de Colombia

Alfonso Piza Rodríguez

Universidad Nacional de Colombia

Jorge Alexander Ravagli Cardona

Universidad de La Salle

Cesar Rendueles

Universidad Complutense de Madrid

Víctor Reyes Morris

Universidad Nacional de Colombia

Rafael Alfonso Rubiano Muñoz

Universidad de Antioquia

Clemencia Tejeiro Sarmiento

Universidad Nacional de Colombia

Carlos Humberto Uribe Celis

Universidad Nacional de Colombia



biblioteca abierta

colección general **sociología**



NOTA IMPORTANTE

Con la compra de este libro,
usted apoya a todas las personas involucradas en su desarrollo y
elaboración y, en conjunto, a todo el equipo del Centro Editorial
de la Facultad de Ciencias Humanas de la Universidad Nacional de
Colombia.

Recordamos que no está permitida la reproducción total o parcial
de cualquier parte de la obra, ni su transmisión de ninguna forma o
medio, ya sea electrónico,
mecánico, fotocopia u otro medio.

Marx y la Sociología
De la confrontación al reconocimiento

Marx y la Sociología

De la confrontación al reconocimiento

Clemencia Tejeiro Sarmiento

Editora



UNIVERSIDAD
NACIONAL
DE COLOMBIA

2020

Marx y la sociología : de la confrontación al reconocimiento / Clemencia TejeiroSarmiento, editora. — Primera edición. — Bogotá : Universidad Nacional de Colombia. Facultad de Ciencias Humanas. Departamento de Sociología, 2020. 632 páginas. — (Colección General Biblioteca Abierta. Sociología ; 491) Incluye bibliografía al final de cada capítulo e índices de lugares, materias, nombres. ISBN 978-958-794-270-5 (rústica). — ISBN 978-958-794-269-9 (e-book). — ISBN 978-958-794-271-2 (impresión bajo demanda)

1. Marx, Karl, 1818-1863 — Crítica e interpretación
2. Hegel, Georg Friedrich Wilhelm, 1770-1831 — Crítica e interpretación
3. Marxismo
4. Dialéctica
5. Materialismo histórico
6. Capitalismo I. Tejeiro Sarmiento, Clemencia, 1952-, editor II. Serie

CDD-23 335.4 / 2020

Marx y la Sociología

De la confrontación al reconocimiento

Biblioteca Abierta

Colección General, serie sociología

© Universidad Nacional de Colombia,
Sede Bogotá, Facultad de Ciencias Humanas,
Departamento de Sociología, 2020

Primera edición, 2020

ISBN impreso: 978-958-794-270-5

ISBN digital: 978-958-794-269-9

ISBN IBD: 978-958-794-271-2

© Editora, 2020

Clemencia Tejeiro Sarmiento

© Varios autores, 2020

Facultad de Ciencias Humanas

Comité editorial

Luz Amparo Fajardo Uribe, Decana

Nohra León Rodríguez, Vicedecana Académica

Jhon Williams Montoya, Vicedecano de Investigación y Extensión

Gerardo Ardila, Director del Centro de Estudios Sociales (CES)

Jorge Aurelio Díaz, Director de la revista *Ideas y Valores*, representante de las revistas académicas

Rodolfo Suárez Ortega, Representante de las Unidades Académicas Básicas

Diseño original de la Colección Biblioteca Abierta

Camilo Umaña

Preparación editorial

Centro Editorial de la Facultad de Ciencias Humanas

Rubén Darío Flórez, Director

Laura Morales, Coordinadora editorial

Juan C. Villamil Navarro, Maquetación y Coordinación gráfica

Íkaro Valderrama, Corrección de estilo

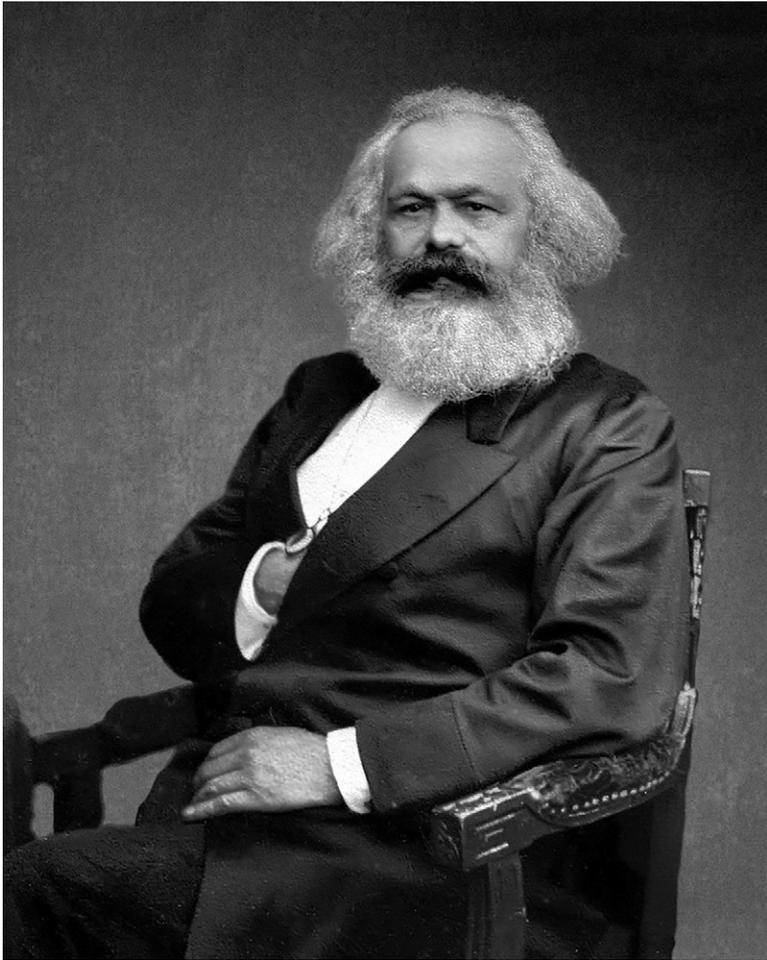
editorial_fch@unal.edu.co

www.humanas.unal.edu.co

Bogotá, 2020

Impreso en Colombia

Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio, sin la autorización escrita del titular de los derechos patrimoniales.



Karl Marx, 1875 por Klimbims, bajo licencia CC BY-SA 2.0

Al doctor Darío Mesa, quien destacó el valor científico de la obra de Marx y le otorgó un papel central en la formación de los sociólogos.

Contenido

Presentación	15
CLEMENCIA TEJEIRO SARMIENTO	
Marx y la Sociología. De la confrontación al reconocimiento	25
PRIMERA PARTE	
Contexto histórico e intelectual	
CLEMENCIA TEJEIRO SARMIENTO	
Hegel, Marx y el problema del Estado nacional alemán en el período entre la Revolución francesa y la Revolución de 1848	41
GUSTAVO CORTÉS SUAZA	
El concepto de crítica en Kant, Hegel y Marx	117
SEGUNDA PARTE	
Ética, religión y humanismo en Marx	
LUIS ALBERTO CARMONA SÁNCHEZ	
La ética en Marx a partir de los debates de la VI Dieta Renana sobre la ley que castiga los robos de leña	141
VÍCTOR MANUEL ALARCÓN YEPES	
La crítica de Marx a la religión	179
NICOLÁS BORIS ESGUERRA PARDO	
Los <i>Manuscritos económico-filosóficos de 1844</i> de Karl Marx. Complejidad y significado	205
DARÍO MESA CHICA	
Las <i>Tesis sobre Feuerbach</i> de Karl Marx. Significado gnoseológico y metodológico	233

TERCERA PARTE

Marx y la historia

RAFAEL ALFONSO RUBIANO MUÑOZ

Análisis de coyuntura: Karl Marx y Alexis de Tocqueville.

Dos puntos de vista basados en la Revolución de 1848 en Francia [261](#)

HÉSPER EDUARDO PÉREZ RIVERA

Teoría marxista e historia

[299](#)

ALFONSO PIZA RODRÍGUEZ

**La crítica de Max Weber a la concepción del materialismo
histórico de Stammer**

[317](#)

CÉSAR RENDUELES

**La recepción contemporánea del materialismo histórico y
los límites de las ciencias sociales**

[325](#)

CUARTA PARTE

La sociología y Marx

VÍCTOR REYES MORRIS

La relación sociológica entre Marx (marxismo) y Durkheim

[347](#)

JORGE ALEXÁNDER RAVAGLI CARDONA

**Positivismo y cientificidad en Marx y Foucault: sobre el problema
de la *objetividad* en sociología**

[363](#)

JUAN CARLOS CELIS OSPINA

**Leer a Marx desde los movimientos sociales contemporáneos
alrededor del trabajo**

[383](#)

CARLOS URIBE CELIS

**Actualidad de Marx. Vigencia u obsolescencia de tres conceptos
estratégicos en la teoría marxista: valor de uso, proletariado y
dictadura del proletariado**

[419](#)

QUINTA PARTE

Ciencia social y dialéctica

MARCELLO MUSTO

Marx y la función dialéctica del capitalismo [453](#)

CLEMENCIA TEJEIRO SARMIENTO

La elaboración crítica de la economía política: el papel de Hegel
en el desarrollo intelectual y en los logros científicos de Marx [489](#)

SEXTA PARTE

La obra de Marx. Importancia y actualidad

MARCELLO MUSTO

La *Marx-Engels Gesamtausgabe* (MEGA2) y el redescubrimiento
de Marx [537](#)

ANEXOS

Anexo 1. Estructura y situación actual de la *Marx-Engels*
Gesamtausgabe [571](#)

Anexo 2. Tabla cronológica de los escritos de Marx [583](#)

Anexo 3. Escritos de Marx publicados por él [589](#)

Anexo 4. Manuscritos inconclusos de Marx publicados por sus
seguidores [591](#)

Anexo 5. Tabla cronológica de cuadernos de notas y extractos,
manuscritos, artículos y obras de economía política del período
1843-1858 [593](#)

Anexo 6. Principales colecciones de escritos de Marx y Engels [595](#)

Anexo 7. Obras publicadas por Engels entre 1883-1895.
Nacimiento del marxismo [597](#)

Los autores [599](#)

Índice de lugares [605](#)

Índice de materias [609](#)

Índice de nombres [629](#)

Presentación

EL DEPARTAMENTO DE SOCIOLOGÍA de la Universidad Nacional de Colombia, a través de la Sección de Teoría Sociológica y de la Maestría en Sociología, ha venido desarrollando a lo largo de los últimos años, como extensión de su trabajo interno, una serie de eventos académicos alrededor de los grandes teóricos reconocidos en la disciplina, con la presencia de connotados especialistas internacionales. El propósito ha sido consolidar en el espacio académico nacional —mediante la evaluación crítica de la experiencia propia, el diálogo con colegas de otros departamentos de sociología en el país, la búsqueda de interlocución y articulación internacional— el proyecto intelectual que ha guiado la labor de esta institución desde finales de la década de 1960, cuyo eje central es la formación teórica y metodológica de los sociólogos colombianos en los fundamentos disciplinares.

Por este motivo, el estudio de los autores que, en el campo de la sociología, son reconocidos como clásicos, ocupa un lugar central en sus actividades. Se trata, en efecto, de aquellos autores que no solo son considerados los fundadores de la disciplina sino de quienes se puede decir con Anthony Giddens (1997) que: (1) fijaron para la sociología los principales marcos de referencia; (2) sus planteamientos aún se consideran pertinentes: se les puede leer y releer por cuanto

constituyen un foco de reflexión sobre los problemas y las cuestiones de la actualidad; (3) su influjo es mucho mayor que el de cualquier otro entre los múltiples autores contemporáneos suyos que también hicieron importantes contribuciones al pensamiento social en el período comprendido entre 1820 y 1920; (4) la mayoría de las propuestas en la teoría social posterior tiene raíces en las ideas de algunos de ellos. De todos estos puntos que suscribimos, se derivó la conocida tesis de la «centralidad de los clásicos», formulada por Jeffrey Alexander (1990) y el reconocimiento de tres figuras por encima de todas las demás: Karl Marx, Émile Durkheim y Max Weber.

Ahora bien, el estatus de clásicos concedido a estos tres autores centrales no fue algo automático ni evidente, dada la extensa nómina de pensadores e investigadores que a lo largo de la época moderna fueron haciendo sus aportes al planteamiento de problemas, conocimiento y método, en el amplio campo de las ciencias sociales. Este reconocimiento es fruto de un largo proceso de sucesivos esfuerzos intelectuales de otros autores que contribuyeron al desarrollo y consolidación de la disciplina, tales como Parsons, Aron, Elias, los integrantes de la escuela crítica, Merton y otros, hasta figuras de la segunda mitad del siglo xx, como Giddens y Alexander, quienes decantaron esta discusión específica que era el resultado, a su vez, de múltiples debates que han marcado históricamente el proceso de maduración y construcción de la identidad disciplinar de la sociología. Debates tales como la confrontación «materialismo histórico» versus sociología académica en la etapa ascendente del proceso de establecimiento formal e institucionalización de la disciplina, sentaron las bases para el posterior reconocimiento de Marx (proveniente de la filosofía, la historia y la economía política), como uno de los referentes fundamentales de la sociología. La consecuente incorporación formal en los planes de estudio de una gran cantidad de escuelas de sociología es un hecho tardío, pues data de la década de 1960. Entre dichas escuelas está, precozmente, el Departamento de Sociología de la Universidad Nacional de Colombia, gracias a la labor académica de Darío Mesa (véase Pérez 2002: 17, n. 10). Otros debates, como los relativos al establecimiento de diferencias conceptuales y metodológicas, convergencias y divergencias en temas centrales o en diferentes

aspectos de los enfoques teóricos y posturas filosóficas, han permitido consolidar la problemática epistemológica y metodológica propia del campo, así como la construcción del aparato conceptual de referencia fundamental, el lenguaje y la terminología. Por su parte, discusiones más recientes, en las últimas décadas del siglo xx y lo que va del xxi —por ejemplo, la relativa a la vigencia y pertinencia de las propuestas clásicas para dar cuenta de las realidades sociales contemporáneas—, han abierto nuevas perspectivas de trabajo a partir del legado de dichos autores y se ha renovado el interés por ellos, con el resultado de consolidarlos como clásicos en tanto que: «[...] los clásicos son los fundadores que nos hablan de algo que aún se considera pertinente» (Giddens 1997: 16).

Cabe señalar que una de las razones para la persistencia de los clásicos y su pertinencia para la comprensión de los problemas actuales radica en el hecho de que construyeron sus propuestas teóricas y metodológicas sobre la base de un profundo conocimiento histórico, por un lado, acompañado de una gran preocupación por la problemática social de sus respectivos tiempos, por el otro. Supieron, además, formular preguntas fundamentales y realizaron un riguroso trabajo de investigación empírica que guio el trabajo de las siguientes generaciones por un claro derrotero. Entonces, podríamos decir que es el campo sociológico el que en su proceso de desarrollo y consolidación acaba reconociéndose en los autores mencionados y concediéndoles su lugar en la disciplina. No faltan, sin embargo, quienes en las últimas décadas del siglo xx y las primeras del siglo xxi, los consideran agotados o superados, y también quienes los niegan o se alejan de sus bases y fundamentos y buscan alternativas, especialmente en lo que concierne a la relación con otras disciplinas.

Es así como, por su propio esfuerzo y en diálogo con la comunidad académica, la Sección de Teoría Sociológica ha ratificado una postura relativa a la centralidad de los clásicos y su vigencia, realizando aportes específicos, como son el conjunto de libros publicados en la serie dedicada a la sociología en la colección Biblioteca Abierta de la Facultad de Ciencias Humanas, en cuyos títulos puede apreciarse el planteamiento argumentativo colectivo que la sustenta: *Émile Durkheim: entre su tiempo y el nuestro* (2009); *Max Weber: significado*

y actualidad (2014), que se completa con el presente volumen, *Marx y la sociología. De la confrontación al reconocimiento*. A partir de la colaboración con especialistas internacionales, también surgieron las iniciativas de la Sección de Teoría Sociológica de traducir y publicar el libro de Wolfgang Schluchter, *El desencantamiento del mundo. Seis ensayos sobre Max Weber* (2017), y luego *Los Grundrisse de Karl Marx. Fundamentos de la crítica de la economía política 150 años después* (2018), editado en inglés y otros idiomas por Marcello Musto, por considerarlos materiales valiosos para enriquecer el acervo disponible en español de obras especializadas sobre los clásicos. Ambos textos vieron la luz como coediciones de la Universidad Nacional de Colombia con la prestigiosa editorial Fondo de Cultura Económica de México.

Ligado al interés por la profundización en sus obras, la sección ha estado alerta al hecho de que la divulgación y recepción del legado de los clásicos sigue demandando, hasta el presente, una importante actividad intelectual de buena parte de la comunidad académica en los diferentes países en que se cultiva la sociología, al igual que suscita una importante producción editorial en torno a sus obras. Es así como apenas en los últimos años se está logrando una edición científica y crítica del legado documental de Marx y Engels, el proyecto editorial conocido como MEGA 2 (*Marx-Engels Gesamtausgabe—Obra Completa de Marx y Engels*), tema al que se le dio un lugar central en el Seminario Internacional sobre Marx y la Sociología, convocado por la sección en el 2014 y que fue la base para este libro. En este volumen los lectores encontrarán un conjunto de apéndices (listados y cuadros) elaborados por Marcello Musto que informan sobre el estado de la edición de la obra completa de Marx y Engels, así como otras características relativas a sus escritos y a sus ediciones. Otro tanto se puede decir del proceso de publicación de la edición crítica de la obra completa de Max Weber por el selecto grupo de especialistas que se dieron a esta tarea durante muchos años y que ahora están coronando su labor, a la cual le siguen los procesos de traducción a los diferentes idiomas y la divulgación correspondiente. De manera que hoy en día sigue habiendo novedades en el conocimiento directo de estos autores y, como consecuencia de ello, un renovado interés en su recepción y estudio, la producción de una nueva y abundante literatura secundaria

al respecto y, más importante aún, la aparición de nuevas ediciones de las obras fundamentales, actualizadas con los principales resultados de la investigación sobre los autores clásicos y sus obras. Ejemplo de esto último son, en el caso de Weber, las nuevas ediciones en español de *Economía y sociedad* (2014) y de *La ética protestante y el espíritu del capitalismo* (2003 y 2011), comentadas y anotadas por el especialista mexicano Francisco Gil Villegas; y la nueva edición de *El capital* (la cuarta en español) (2014), publicada por el Fondo de Cultura Económica de México. En su proceso de investigación y estudio de los clásicos, la Sección de Teoría Sociológica ha tenido en cuenta otras figuras muy importantes, como Georg Simmel, quien fuera en su momento conocedor del legado de Marx, y contemporáneo de Durkheim y Weber, con quienes sostuvo importantes intercambios intelectuales. Por este motivo, el estudio de su obra no solo ilumina la problemática central del campo, sino también la comprensión de la particularidad de las diferentes propuestas disciplinares en la etapa fundacional de la sociología. Se trata de un autor cuyo lugar en la disciplina también ha sido motivo de largas polémicas pero que, sin duda, ha jugado un papel importante en el establecimiento de la sociología como disciplina académica independiente, y por quien se manifiesta un renovado interés en las últimas décadas que ha conducido, entre otras cosas, a su reconocimiento como primer teórico de la Modernidad. El proyecto editorial de la obra completa de este autor, también culminó ya entrado el presente siglo, con las consecuentes traducciones a nuestra lengua (y a otras) y con la aparición de abundante literatura secundaria que da cuenta de su importancia actual. Fruto del trabajo y la discusión sobre esta figura son los libros *Georg Simmel y la modernidad* (2011) y *Una actitud del espíritu. Interpretaciones en torno a George Simmel* (2015). El primero, resultado del evento internacional organizado por la sección al cumplirse 150 años de su nacimiento en el 2008 y, el segundo, derivado en buena medida del interés que suscitó el mencionado evento en la comunidad nacional de sociólogos, particularmente en un núcleo de profesores y estudiantes de la Universidad de Antioquia que continuó profundizando sobre el autor y organizó las III Jornadas Internacionales sobre Georg Simmel en el 2011, que contaron con la presencia del especialista y editor de la obra completa del autor,

Otthein Rammstedt. El libro fue editado por el profesor Gilberto Díaz de la Universidad de Antioquia y respaldado por la sección para su publicación por parte de la Universidad Nacional de Colombia.

También se le dedica una atención permanente a Talcott Parsons, a quien se le debe en buena medida la consolidación del campo disciplinar de la sociología y cuya obra se configura como eslabón entre la sociología clásica y la contemporánea. En el libro *Talcott Parsons: ¿el último clásico?* (2012) se recogieron los frutos de un evento convocado en el 2009 con motivo de los treinta años de su muerte, además, se publicó una nueva edición de la traducción de la *Autobiografía intelectual: elaboración de una teoría del sistema social* (2009) de Parsons, realizada por Gabriel Restrepo y acompañada de un ensayo de su autoría y recuentos bibliográficos, en el marco del desarrollo del seminario interno de la sección y del seminario internacional también convocado por esta. Por su trabajo sobre el legado de Weber y Durkheim, particularmente, Talcott Parsons recogió para la sociología una tradición de pensamiento sólido y sistemático sobre la sociedad moderna y contribuyó notablemente a su consolidación disciplinar. A su muerte numerosos autores sostuvieron que se trataba del deceso del último clásico de la sociología.

Por otra parte, el libro *Teoría sociológica. Ensayos sobre Marx, Sorel, Simmel, Durkheim, Weber, Merton y Bourdieu* (2016), fruto del trabajo del profesor Nicolás Boris Esguerra Pardo en el marco de la Sección de Teoría Sociológica —siendo uno de sus integrantes más antiguos y comprometidos— y de su amplia experiencia como docente de sociología en diferentes universidades bogotanas, fue publicado en una primera edición por la Universidad del Rosario y en una segunda versión ampliada en coedición con la Universidad Nacional de Colombia.

A partir del 2013, se inició un proceso de trabajo y discusión en el seminario interno de la Sección de Teoría Sociológica alrededor de la figura de Marx. El esfuerzo se orientó a la asimilación de la literatura más reciente sobre dicho autor, buscando aportes significativos, nuevos enfoques y contribuciones al estudio y comprensión de su obra. De esta manera, pudimos identificar varios académicos que —en el contexto internacional posterior a los acontecimientos que marcaron el

colapso de los socialismos reales y afectaron negativamente el interés académico por el autor de *El capital*— se destacan por una producción bibliográfica reciente que ha animado la renovación de la lectura, la discusión y el estudio juicioso de este clásico de las ciencias sociales. En este sentido, se identificaron como particularmente valiosos los aportes, en primer lugar, de Moishe Postone del Departamento de Sociología de la Universidad de Chicago (q. e. p. d.) a cuya obra, *Tiempo, trabajo y dominación social. Una reinterpretación de la teoría crítica de Marx*, publicada en el 2003 en inglés y en el 2006 en español, se le dedicaron varias sesiones de estudio y discusión en la Sección de Teoría Sociológica, que nos llevaron a reconocerla como un referente importante para valorar la importancia y actualidad de Marx en la discusión sociológica contemporánea. Y, en segundo lugar, la labor que ha venido desarrollando Marcello Musto, profesor del área de Teoría Sociológica en la Universidad de York, Canadá, desde finales de la primera década del siglo XXI, promoviendo en diferentes espacios internacionales el redescubrimiento de Marx a partir de la edición científica y completa de sus escritos por el proyecto MEGA 2. El paso siguiente que dio la sección fue contactar a estos autores y convocar la realización de un seminario internacional que, bajo el título *Marx y la Sociología*, buscó completar el recorrido por la obra de los autores clásicos de la disciplina, iniciado en el 2008. El eje central de la discusión que se le propuso a la comunidad sociológica, como lo indica el título del presente libro, fue la relación entre Marx y la Sociología. Aunque en principio dicho seminario se programó para finales del segundo semestre del 2013, al cumplirse 130 años de la muerte de Marx, realmente se desarrolló en diferentes momentos a lo largo del 2014 ya que, por distintos motivos, algunos de los académicos internacionales invitados no pudieron asistir en una misma fecha. En el seminario de finales del 2013 contamos con la presencia y el aporte de César Rendueles de la Universidad Complutense de Madrid y luego, durante el primer semestre del 2014, con la visita de Marcello Musto. Moishe Postone, habiendo aceptado complacido nuestra invitación, no puedo asistir por razones de salud, agradeceremos siempre su apertura y disposición para trabajar con nosotros. La excelente respuesta a la convocatoria en esas dos jornadas de reflexión e intercambio académico

en torno a la figura de Karl Marx corroboró el imperecedero interés que despierta este autor ineludible para el conjunto de las ciencias sociales. Tanto las contribuciones de los académicos colombianos de diferentes instituciones, como la nutrida asistencia de profesores de diferentes disciplinas, colegas de varias universidades del país, estudiantes y público en general, hicieron que los encuentros resultaran muy estimulantes e interesantes. Sea esta la oportunidad de expresar a todos, en nombre del Departamento de Sociología, de la Maestría en Sociología y la Sección de Teoría Sociológica de la Universidad Nacional de Colombia, nuestro agradecimiento por su presencia y participación. Este libro, titulado *Marx y la Sociología. De la confrontación al reconocimiento*, con el que esperamos llegar a la comunidad nacional de sociólogos y a un público más amplio, recoge el conjunto de trabajos presentados en los seminarios señalados junto con otros textos sobre Marx que han sido de gran importancia en la actividad académica del departamento, pero poco conocidos fuera de él, y que consideramos importante divulgar. Incorporamos por esto la transcripción de una conferencia dictada por el profesor Darío Mesa a sus alumnos en un curso sobre Marx desarrollado en el segundo semestre de 1983, sobre el breve, pero denso texto de Marx conocido como *Tesis sobre Feuerbach*, el cual Mesa traducía directamente en su clase a partir del original publicado en alemán en Moscú en 1932 por el proyecto editorial *Marx-Engels Gesamtausgabe* (MEGA). El análisis llevado a cabo por Darío Mesa en este ejercicio concreto de su magisterio no ha perdido validez y constituye un ejemplo de docencia universitaria sobre un texto revelador de un momento crucial del proceso intelectual de Marx, en el que empieza a situarse crítica y creativamente frente al legado feuerbachiano. El diálogo entre el maestro y sus discípulos, recogido al final de dicha conferencia, ilustra la manera como el primero estimulaba la propia reflexión de los segundos y los animaba a que pensaran nuestros problemas y realidades a la luz de lo aprendido con el texto de Marx. La transcripción de esta conferencia circuló en el departamento como documento utilizado por profesores y estudiantes y luego fue publicado en el 2002 por la Universidad Nacional de Colombia en un libro editado por el profesor

Héspes Eduardo Pérez, bajo el título *Ensayos sobre teoría sociológica. Durkheim, Weber y Marx*. En esta oportunidad lo presentamos a los lectores con un subtítulo que da cuenta del eje central sobre el que Darío Mesa desarrolla su reflexión: «Las *Tesis sobre Feuerbach* de Karl Marx. Significado gnoseológico y metodológico». Sobra decir que se trata también de una oportunidad para rendir merecido homenaje a su memoria y a su labor académica, de la cual somos deudores la mayor parte de los autores de la presente compilación.

CLEMENCIA TEJEIRO SARMIENTO

Editora

Coordinadora Sección de Teoría Sociológica

Enero del 2019

Bibliografía

- Alexander, J. 1990. «La centralidad de los clásicos», en: A. Giddens, J. Turner y otros, *La teoría social hoy*, 22-80. Madrid: Alianza Editorial.
- Díaz, G. (ed.). 2015. *Una actitud del espíritu. Interpretaciones en torno a George Simmel*. Bogotá: Colección General Biblioteca abierta, Facultad de Ciencias Humanas, Universidad Nacional de Colombia.
- Esguerra, N. B. 2016. *Teoría sociológica. Ensayos sobre Marx, Sorel, Simmel, Durkheim, Weber, Merton y Bourdieu*. Bogotá: Universidad del Rosario/Universidad Nacional de Colombia.
- Giddens, A. 1997. *Política, sociología y teoría social. Reflexiones sobre el pensamiento social clásico y contemporáneo*. Buenos Aires: Paidós.
- Musto, M. 2018. *Los Grundrisse de Karl Marx. Fundamentos de la crítica de la economía política 150 años después*. Bogotá, Colombia: Fondo de Cultura Económica/Universidad Nacional de Colombia.
- Parsons, T. *Autobiografía intelectual: elaboración de una teoría del sistema social*. Bogotá: Colección General Biblioteca abierta, Facultad de Ciencias Humanas, Universidad Nacional de Colombia.
- Pérez, H. 2002. «A propósito de los clásicos de la sociología», en: Héspes Pérez (ed.), *Ensayos sobre teoría sociológica. Durkheim, Weber y Marx*, 13-23. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.

- Postone, M. 2006. *Tiempo, trabajo y dominación social. Una reinterpretación de la teoría crítica de Marx*. Madrid/Barcelona: Marcial Pons, Ediciones Jurídicas y Sociales, s. a.
- Schluchter, W. 2017. *El desencantamiento del mundo. Seis ensayos sobre Max Weber*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Tejeiro, C. (ed.). 2009. *Émile Durkheim: entre su tiempo y el nuestro*. Bogotá: Colección General Biblioteca abierta, Facultad de Ciencias Humanas, Universidad Nacional de Colombia.
- Tejeiro, C. (ed.). 2011. *Georg Simmel y la modernidad*. Bogotá: Colección General Biblioteca abierta, Facultad de Ciencias Humanas, Universidad Nacional de Colombia.
- Tejeiro, C. (ed.). 2012. *Talcott Parsons: ¿el último clásico?* Bogotá: Colección General Biblioteca abierta, Facultad de Ciencias Humanas, Universidad Nacional de Colombia.
- Tejeiro, C. (ed.). 2014. *Max Weber. Significado y actualidad*. Bogotá: Colección General Biblioteca abierta, Facultad de Ciencias Humanas, Universidad Nacional de Colombia.

Marx y la Sociología. De la confrontación al reconocimiento

Clemencia Tejeiro Sarmiento

Universidad Nacional de Colombia

EL PENSAMIENTO DE MARX ha sido un punto de referencia obligado de las ciencias sociales y humanas desde finales del siglo XIX hasta el presente. Su nombre marca de manera contundente no solo el campo específico de la sociología sino el amplio conjunto de las ciencias histórico-sociales (historia, economía, antropología social, ciencia política y sociología) y también, de manera significativa, el campo de la filosofía. Todas estas disciplinas han lidiado con el legado de Marx, en uno u otro aspecto, y buena parte de su desarrollo se debe a los esfuerzos realizados en ellas, ya fuera para asimilar, aplicar y desarrollar las propuestas teóricas y metodológicas de Marx, para refutarlas o, también, cuando se asumió una actitud intermedia entre estos dos polos, para complementarlas y superarlas en un enfoque superior, como se lo propuso expresamente la generación de científicos sociales alemanes de finales del siglo XIX y las dos primeras décadas del siglo XX. Pero si lo anterior es cierto en general para el gran campo de las ciencias sociales, es en el caso específico de la sociología donde la figura de Marx —inicialmente confrontada críticamente desde la academia por los grandes teóricos que establecerían esta disciplina—, ascenderá con el paso del tiempo hasta constituirse en un hito ineludible y será reconocido como un clásico de la disciplina, estatus del que goza hoy en día.

El reconocimiento de Marx como uno de los grandes autores clásicos de la sociología no proviene del hecho de que él se hubiera planteado como problema y como tarea el establecimiento de un nuevo campo para el conocimiento científico, de una nueva disciplina científica —lo cual sí fue el propósito expreso en los casos de Durkheim, Simmel y Weber—. Sin embargo, aunque es cierto que Marx no hizo esto y que no empleó el término sociología para definir su actividad intelectual y científica, es un hecho que jugó un papel fundamental para que en el último tercio del siglo XIX la formulación de los problemas sociológicos de la sociedad moderna alcanzara su madurez y se dieran las condiciones intelectuales que permitieron la emergencia e identificación de este campo disciplinar, el cual, a lo largo de ese siglo atravesó su período formativo, para finalmente consolidarse e institucionalizarse en el siglo XX.

Como bien sabemos, esta tarea de consolidación la realizarían, Durkheim en Francia y un conjunto de intelectuales y teóricos en Alemania que conocieron y confrontaron el pensamiento de Marx, a partir de las obras precursoras de Saint-Simon, de Comte —quién utilizó por primera vez el término sociología en su esquema de clasificación de las ciencias—, de Tocqueville y de Spencer. Marx, por su parte, no solo había asimilado el pensamiento de Saint-Simon, sino que había realizado un balance crítico exhaustivo del variopinto pensamiento socialista y comunista; además, conoció y tuvo en cuenta la obra de Tocqueville, a la que se refirió en *Sobre la cuestión judía* y criticó, en diversos momentos, el positivismo comtiano, sin dejar de ponderar el significado de su esfuerzo de síntesis filosófica. En este aspecto, Comte resultaba para Marx una figura menor y poco relevante en comparación con Hegel:

Si se examina a fondo la «filosofía positiva», se descubre que pese a sus aires «librepensadores» hunde profundamente sus raíces en la tierra católica. Al método de síntesis enciclopédica se debe el éxito de Auguste Comte en Francia. En comparación con la *Enciclopedia* de Hegel, la síntesis comtiana es un trabajo de escolar, de importancia local. (Marx [1867] 1975: 1065)

Pero es ante todo la gran preocupación por los enormes problemas sociales de la naciente sociedad industrial moderna y las dificultades

de Europa Central y de su país natal en proceso de modernización, que caracterizan la época en que se desenvuelve su vida, lo que inclina a Marx al conocimiento social, más que la curiosidad intelectual o el ansia de erudición *per se*. Es así como, en su esfuerzo por lograr una perspectiva comprensiva y orientadora respecto a los problemas prácticos de su época, Marx llegó a abarcar —además de la protosociología— prácticamente todo el pensamiento social, y las disciplinas pertinentes existentes en su momento histórico, mostrando críticamente su alcance y limitaciones. En este proceso, y a lo largo de sus escritos, se percibe su necesidad de descubrir la esencia de la sociedad humana, de establecer sus configuraciones históricas y de explicar las razones de su movimiento o cambio en el tiempo.

Comprender los problemas que planteaba el desarrollo de la sociedad moderna, implicaba asimilar críticamente el estado del conocimiento socioeconómico y por ello realizó un balance exhaustivo, prácticamente del cuerpo total de la literatura existente en el campo de la economía política en ese entonces, así como del pensamiento político, social, histórico y filosófico referido al «mundo del hombre», constituido, según sus palabras, por el Estado y la sociedad.

Es así como Marx, familiarizado con los múltiples problemas e ideas existentes en su época, por la forma en que articuló el conocimiento histórico y el conocimiento empírico con un esfuerzo de carácter explicativo teórico —construido sobre bases conceptuales, lógicas y metodológicas rigurosas—, llevó la formulación y tratamiento científico de los problemas sociohistóricos a un plano epistemológico más complejo, comprensivo y general que el alcanzado en ese momento por la economía política, la historia (como disciplina) o la ciencia política consideradas separadamente y que él aglutina en su pensamiento. Él probablemente no hubiera podido realizar esta tarea sin la sólida formación filosófica y asimilación crítica de la obra hegeliana que caracterizaron su perfil intelectual. De esta manera, Marx se constituyó en un condensador, sin precedentes, del pensamiento social anterior, característica que señala Alexander (1990: 42) como propia de un pensador que adquiere el estatus de clásico, pues con ello crea bases para la construcción conceptual, viabiliza la discusión

teórica, orienta la formulación de problemas de manera más amplia, comprensiva y relevante empíricamente.

Marx alcanzó la perspectiva sociológica al mirar la realidad sociohistórica moderna como una totalidad orgánica dinámica, para cuyo conocimiento diseñó estrategias teóricas y metodológicas precisas, orientadas a la investigación de los hechos sociales concretos y a la comprensión de la problemática de la sociedad moderna, aunque no llamara a esto sociología.

Tomando la expresión de Nisbet, Marx no fue un sociólogo en lo nominal, pero sí en lo sustancial ([1966] 2003: 9), sobre todo en la medida en que buena parte de sus ideas hacen parte del núcleo conceptual fundamental y de los problemas que, con el paso del tiempo, se puede observar que le han dado consistencia y continuidad a esa tradición intelectual que identifica el campo de la sociología. Marx fue plenamente consciente y explícito al señalar el carácter social de los hechos que estudiaba y en focalizar la dimensión social esencial del ser humano a lo largo de toda su obra, de donde se deriva el carácter sociológico de los problemas que formulaba y de los conceptos y categorías que construía y acuñaba. Podríamos decir, por ejemplo, que todas las categorías económicas establecidas por Marx en *El capital* son conceptos de carácter sociológico: en efecto, todas ellas tratan de relaciones sociales específicas, empezando por el concepto central de la economía política, el concepto de valor.

Pero la finalidad de Marx no era solo conocer o explicar la realidad. Él buscaba orientarse en su época para asumir una disposición activa y efectiva frente a los acuciantes problemas políticos y sociales. Su pensamiento tiene entonces un doble carácter: científico y político, dos aspectos estrechamente relacionados. De manera que en su actividad intelectual lo guio la doble convicción de que, por un lado, toda investigación empírica que no esté orientada por una teoría adecuada resulta ser una compilación de datos de escaso valor explicativo, y por otro, que la acción política, como acción transformadora de la realidad social, debía sustentarse en el conocimiento científico de las realidades sociales. Las armas de su ciencia para la lucha política y social las puso en manos del proletariado, desempeñando, junto a Engels, un papel trascendental en el terreno de la orientación ideológica de la acción

política de este crucial sector de la vida social moderna, al igual que en la organización y desarrollo del movimiento obrero desde 1848. La trascendencia de Marx en este aspecto impactará la recepción de su obra científica¹.

En Alemania, la sociología emergió en el contexto de una fuerte polémica alrededor de la obra intelectual y política de Marx. El esfuerzo intelectual, llevado a cabo por el notable grupo de pensadores sociales que condujo a la fundamentación y establecimiento académico de la sociología como disciplina independiente, no puede entenderse sin tener en cuenta el significado de Marx. La fuerza de su pensamiento —con la doble dimensión que lo caracteriza, la científica y la actividad política—, planteaba un reto en el contexto histórico de la Europa de finales del siglo XIX e inicios del siglo XX, particularmente en Alemania, al cual se respondió en el terreno intelectual con el establecimiento de la nueva disciplina. Toda una generación de luminarias en las ciencias sociales hubo de enfrentar, no solo el estado alcanzado por el pensamiento sociohistórico y económico tras los planteamientos de Marx, sino la fuerza política de un marxismo militante ascendente, pertrechado para la lucha política con el prestigio de su obra científica (Tejeiro 2011: 121 a 127; 2014).

Ferdinand Tönnies, Ernst Troeltsch, Werner Sombart, George Simmel y Max Weber, nacidos en el lapso de diez años (Tönnies en 1855 y Troeltsch en 1865) participaron en la dirección de la «*Deutsche Gesellschaft für Sociologie* (Asociación Alemana de Sociología), fundada por Weber a comienzos de 1909 en Berlín» (Bayón 2004: 18 y 19) y representan la llamada por Otthein Rammstedt «sociología temprana» (*Frühsoziologie*) en la esfera alemana (Rammstedt 1988: 196). Se trata de una comunidad intelectual diversa en sus obras, pero afín en sus preocupaciones, siendo uno de sus propósitos y un denominador común para todos ellos el debate y el esfuerzo por la superación del materialismo histórico (Tejeiro 2011), término que —junto con otros conceptos como concepción materialista de la historia, materialismo

1 El tema de la tensión que genera este doble aspecto del legado intelectual de Marx se desarrolla ampliamente en el artículo «Weber y Marx en el contexto del problema del Estado nacional alemán» (Tejeiro 2014).

dialéctico y determinismo económico— se instalaba y extendía, por parte de ambos bandos, para denominar la obra intelectual de Marx. Aquellos que profundizan en la obra de Marx y se familiarizan con ella muy probablemente comparten con Käge la opinión de que «[...] ninguna de esas expresiones se adecúa a todas las consideraciones sobre la sociedad que Marx plasmó en el curso de su evolución intelectual» (1974: 19).

Desde entonces, la relación entre los planteamientos de Weber y Marx va a constituir la expresión de una de las principales tensiones y de los polos que estructuran las líneas de fuerza del campo intelectual de la sociología (Tejeiro 2014; Mejía 2014). Irving Zeitlin (1982) dice que los fundadores de la sociología, incluyendo, además de los ya mencionados, a Durkheim y a otros tantos cultores de la sociología, se vieron obligados a sostener un debate con el fantasma de Marx. Alvin Gouldner (1979) llegará a decir que todo el desarrollo de la sociología académica puede ser interpretado como un largo y permanente diálogo con la obra de Marx y su significado, tanto en el plano de la ciencia como en el de la política. Es tal vez por este camino que la actitud frente a su obra pasará poco a poco de la confrontación al reconocimiento y, avanzado el siglo xx, Marx llegará al estatus de clásico de la sociología, sin que, como ya se dijo, él hubiera tenido el propósito de establecer la sociología como nueva disciplina. Hoy en día, en el terreno académico, Marx es considerado y reconocido por muchas escuelas de la disciplina y por muchos estudiosos como un clásico de la sociología. Se le concede ese estatus aún por quienes en su práctica disciplinar no se enfocan según su perspectiva teórica o metodológica y, en este hecho, está implícito el reconocimiento de que efectivamente realizó un aporte significativo de carácter científico en el campo de la ciencia social empírica. Decimos, apoyados en Weber, que un aporte es «científico» cuando ha sido probada su «validez objetiva» (Weber [1904] 1982: 73 y 99), como ha ocurrido con buena parte de los análisis económicos, histórico-sociales y con las construcciones teóricas y conceptuales de Marx.

Ahora bien, esto no obsta para que el marxismo siguiera confrontándose como antagónico a la sociología en los planos ideológico y académico, incluso en el contexto colombiano (Uricoechea 1987)

debido a la influencia creciente de Marx en el mundo de la vida política y social desde el final del siglo XIX hasta las experiencias socialistas del siglo XX. En ellos, los socialismos realmente implementados, Marx llegó a constituirse en una figura sagrada y su pensamiento fue elevado a verdad dogmática y a fundamento de la única ciencia verdadera: el materialismo histórico y dialéctico. Al respecto Käge señala que:

En los *Fundamentos de filosofía marxista*, una obra colectiva rusa, publicada en Moscú en 1958, y en lengua alemana, en Berlín, en 1959, nos enteramos de que la «filosofía marxista» es «la verdadera y única concepción científica en la época actual» (97), que si bien «nació en el terreno social de Alemania», representa, no obstante, «al mismo tiempo el resultado de las experiencias históricas universalizadas de la Humanidad» (103). Más exactamente: «La filosofía marxista es el resultado natural de toda la evolución previa del pensamiento filosófico y científico progresivo de la Humanidad; se apoya en las producciones positivas de ésta y representa, a la vez, un estadio superior, cualitativamente nuevo, en el desarrollo de la filosofía» (11). «En nuestra época, un hombre formado progresivamente, que quiera orientarse en los acontecimientos del presente, debe estudiar forzosamente la máxima consecución del pensamiento filosófico, el materialismo dialéctico e histórico» (5). (1974: 24)

Desde este punto de vista, Marx y sus múltiples seguidores — representantes de los diferentes «marxismos» que se han dado— le incumben a la sociología como objeto de estudio, investigación y reflexión relevantes. No se puede pasar por alto el fenómeno histórico del marxismo si se quiere comprender la historia del siglo XX y los hechos del presente.

El pensamiento de Marx fue sacralizado por unos y demonizado por otros. Los avatares políticos de la interpretación leninista de Marx, expresada en los socialismos burocráticos en el siglo XX, por ejemplo, desplazaron en buena medida la riqueza de sus resonancias en el plano de las ciencias humanas. En este amplio campo del pensamiento contemporáneo su influencia rebasa ampliamente la de los diversos «marxismos», que han pretendido ser los únicos depositarios de su herencia. La caída del «socialismo real» (1989) ofrece un nuevo contexto sociopolítico e

ideológico que favorece o permite ensayar una nueva mirada sobre la obra de Marx y, especialmente, reconocer su decisiva impronta sobre muchos de los problemas planteados, los conceptos y la metodología utilizados por filósofos, historiadores, sociólogos, antropólogos, economistas, politólogos, etc., hasta el presente.

En ciertos aspectos de su pensamiento, Marx se revela como un intelectual europeo del siglo XIX. Su mirada es, desde ciertos puntos de vista, etnocéntrica. Hay textos suyos que no logran superar el cientificismo y el racionalismo propios de su momento histórico, heredados del Siglo de las Luces con su confianza en el ascenso y desarrollo progresivo de la humanidad. Algunos críticos, avanzado el siglo XX, señalaron que su fe en la ciencia y la técnica hicieron a Marx insuficientemente receptivo a la problemática ambiental; sin embargo, actualmente se reconoce y realza la veta ecológica en su pensamiento y se descubre la gran importancia de sus conceptos y criterios alrededor de la relación fundante de la vida social, esto es, la relación hombre-naturaleza, a la que se refería como el intercambio orgánico entre el hombre y la naturaleza, cuyo corazón es la praxis por excelencia: el trabajo del hombre. Pero, así mismo, el trabajo enajenado «convierte a la naturaleza en algo ajeno al hombre» (Marx [1844] 1974: 111) como lo expresa en esos tempranos manuscritos de 1844, tardíamente publicados (1932) y lentamente asimilados en su profundo significado por los receptores de su obra, al igual que el conocimiento, más tardío aún, de los manuscritos de 1857-1858, denominados los *Grundrisse*, siendo estos textos fuente fundamental de todos los que han aportado a la profundización en este aspecto de su pensamiento sobre un problema crucial de la actualidad. Tal es el caso de Alfred Schmidt quien, con su investigación *El concepto de naturaleza en Marx* ([1962] 1977), abrió camino para la relectura e interpretación de su pensamiento a este respecto al hacer un seguimiento filológico serio y cuidadoso de este concepto a lo largo de los textos de Marx, profundizando en su significado en los distintos periodos de su desarrollo. Hoy en día contamos con una abundante literatura y con investigadores que, como John Bellamy Foster, contribuyen al reconocimiento de los aportes de Marx a la formulación y conceptualización de la acuciante problemática ambiental actual:

Recientes investigaciones han revelado una crítica ecológica-materialista inserta en toda la obra de Marx, desde los *Manuscritos económicos y filosóficos de 1844* hasta los cuadernos etnológicos de finales de la década de 1870 hasta comienzos de la de 1880 [referencia varias obras publicadas a partir de 1999 CT]. Esto puede apreciarse en su concepción materialista de la naturaleza y la historia, y en su teoría de la alienación (que abarca la alienación de la naturaleza), su comprensión del proceso de producción y de trabajo como relación metabólica entre la humanidad y la naturaleza, y su enfoque co-evolutivo de las relaciones entre sociedad y naturaleza. ([2010] 2018: 169)

Con todo, la suscitación nunca apagada de su pensamiento lo constituye en uno de los críticos esenciales de la Modernidad y en un teórico visionario del complejo y problemático proceso de globalización que hoy experimentamos de forma contundente.

Marx ha sido considerado, junto con Nietzsche y Freud, uno de los creadores de la hermenéutica moderna. Es el inspirador de la vigorosa corriente de la sociología crítica, no pudiéndose olvidar su decisiva impronta en la denominada Escuela de Frankfurt. Su pensamiento ha sido un punto de referencia importante en la Escuela de los Anales, renovadora del pensamiento historiográfico al influir significativamente en muchas corrientes de la historiografía social, política y cultural contemporánea. Su crítica de la economía política, entendida como crítica de las categorías fundamentales de la economía moderna y de sus formas de representación, sigue aun generando ásperos y encendidos debates, así como renovadas expectativas de encontrar en su pensamiento respuestas —o al menos bases sólidas para responder— a los múltiples interrogantes que continúa planteando la cabal comprensión de la compleja configuración socioeconómica moderna, la dinámica de su funcionamiento y su devenir histórico.

Corrientes filosóficas contemporáneas asimilan creadoramente el pensamiento de Marx. La reflexión epistemológica contemporánea en las ciencias sociales —que aborda problemas como las relaciones sujeto-objeto, actor-estructura, juicios de valor y juicios de realidad, teoría y acción histórica, etc.—, ha registrado el decisivo impacto de la reflexión marxiana. La «sospecha epistemológica» que introduce Marx

en las ciencias humanas ha sido asimilada e incluso radicalizada por algunos teóricos de la llamada posmodernidad.

En América Latina, el pensamiento de Marx fue asimilado en los países del cono sur desde finales del siglo XIX, y, un poco más tarde en otros países como Colombia. En nuestro continente, su legado intelectual y político ha animado numerosos movimientos sociales (de obreros, campesinos, empleados, estudiantes, sectores populares urbanos, nuevos movimientos sociales), y ha inspirado movimientos insurgentes y revoluciones. También produjo, en la primera mitad del siglo XX, pensadores de la talla de Aníbal Ponce y José Carlos Mariátegui. La teoría de la dependencia, que parte de una mirada predominante en las décadas de 1960 y 1970, desde la periferia, a las teorías del imperialismo heredadas de Marx, dio carta de ciudadanía internacional a las Ciencias Sociales Latinoamericanas. Pensadores contemporáneos del subcontinente como Estanislao Zuleta en Colombia, Edgardo Lander en Venezuela y Fernando Mires en Chile plantearon la transcendencia del marxismo, como un «superar conservando», radicalizando y haciendo más multilateral y universalista su método, su crítica y su visión política.

El pensamiento de Marx se aclimató en nuestro medio antes que otros paradigmas de las ciencias sociales. Intelectuales establecidos en Bogotá, como Gerardo Molina, Luis E. Nieto Arteta y Antonio García se interesaron en el marxismo e influyeron en figuras como Jaime Jaramillo Uribe quien, junto con Darío Mesa, se inclinaron al cultivo de la historia, la filosofía y la sociología. Estos dos últimos intelectuales se interesaron de forma muy temprana por el pensamiento socialista y por la historia del movimiento obrero y tuvieron contacto con el pensamiento marxista desde mediados de la década de 1930. En ambos, el interés por la sociología se debió en buena medida a la formación que recibieron en la Escuela Normal Superior. Como señala Gonzalo Cataño, refiriéndose a Jaramillo, pero esto vale también para Darío Mesa:

Allí tuvo oportunidad de recibir clases de varios profesores alemanes llegados a Colombia con ocasión de la Guerra Civil en España y, luego, Segunda Guerra Mundial. Todos ellos —Rudolf Hommes y Gerhart Mazur especialmente—, se habían formado en un clima afín al historicismo alemán y a las contribuciones de Wilhelm Dilthey,

Georg Simmel, Werner Sombart, Ferdinand Tönnies y los hermanos Max y Alfred Weber. La familiaridad con este legado intelectual, desarrollado en buena parte a través de un intenso debate con la obra de Marx, alertó a Jaramillo de caer en una actitud devota y en una aplicación piadosa —mecánica— de los postulados marxistas al análisis social. (Cataño 1998: 86)

Estos intelectuales colombianos, conocedores y, si se quiere, seguidores y admiradores de Marx, gracias al contacto con los intelectuales europeos radicados en América Latina, tuvieron la capacidad de comprender la importancia del pensamiento social europeo no marxista y asumieron la actitud de asimilarlo y ponerlo en diálogo con el pensamiento de Marx. Esto impidió que el marxismo, o el materialismo histórico, fueran considerados la única y verdadera ciencia social, y que el pensamiento sociológico no marxista (Durkheim, Weber, Tönnies, etc.) se considerara ideología burguesa, como ocurrió en otras latitudes e incluso en nuestro medio en cabeza de algunas posturas radicales de izquierda. Intelectuales colombianos como Jaime Jaramillo Uribe, Gerardo Molina, Antonio García, Luis Eduardo Nieto Arteta y Darío Mesa, que en todo momento manifestaron su admiración, conocimiento serio e incluso preferencia por Marx, en ningún momento descalificaron otros cuerpos de pensamiento social, sino que, por el contrario, propiciaron su estudio, asimilación y divulgación.

Cabe destacar el lugar que ha tenido Marx en la enseñanza universitaria en Colombia, en las carreras del área de ciencias humanas y sociales, así como, en algunos casos, en el componente de formación teórica de profesiones como el Derecho y la Administración Pública. También ha tenido su lugar, si bien no necesariamente de forma permanente, en la formación de filósofos y humanistas.

En el área de las ciencias humanas y sociales, que incluye sociología, antropología, historia, economía y ciencias políticas, Marx ha ocupado un puesto importante y permanente en la formación teórica de estas disciplinas, cuyo establecimiento institucional en Colombia data, en el caso de la economía, de finales de la década de 1940 y, en los casos de la antropología y la sociología, de finales de la década de 1950 e inicios de la década de 1960 en la Universidad Nacional de

Colombia, principal institución pública de educación superior en el país. El desarrollo de la ciencia política ha estado más ligado a las escuelas de derecho, y su establecimiento como disciplina o profesión con programas de formación independiente es mucho más reciente.

Interesa destacar el papel jugado por el Departamento de Sociología de la Universidad Nacional de Colombia, fundado en 1959, en el estudio y difusión del pensamiento de Marx. A partir de una reorientación de la formación de corte profesional y práctico ofrecida en la primera década de su existencia, entre 1968 y 1969 el Departamento inició un proceso de consolidación de la sociología en el espacio intelectual colombiano. A partir de ese año se empezó a ofrecer una formación más de carácter disciplinar y científico que profesionalizante, fundamentada en el conocimiento teórico, la formación metodológica y el conocimiento empírico e histórico de la realidad social. Bajo este enfoque, desde ese entonces y hasta el día de hoy, y gracias a la labor y orientación intelectual del doctor Darío Mesa, profundo conocedor del autor, Marx ha sido reconocido como uno de los referentes teóricos ineludibles para la sociología, junto con Durkheim, Weber y Parsons. Por lo anterior, el pensamiento marxiano ha tenido un lugar permanente en la enseñanza, la investigación y el trabajo intelectual general que se adelanta desde el Departamento de Sociología de la Universidad Nacional de Colombia hasta el día de hoy. Según ha señalado en diferentes ocasiones el profesor Hésper Eduardo Pérez (2002: 17), en esto nos adelantamos a los programas de enseñanza de la sociología en otras latitudes, que un tiempo después también reconocerán la triada clásica ineludible en este campo: Marx, Durkheim, Weber, nombrada por algunos como «la santísima trinidad».

La enseñanza del pensamiento de Marx se ha fundamentado en el trabajo directo sobre sus obras y escritos, en la exploración permanente de sus fuentes y fundamentos teóricos, lógicos y metodológicos, así como en el trabajo colegiado del cuerpo docente, alrededor de su corpus teórico y de la discusión que genera la abundante literatura secundaria sobre este. Desde dicha labor académica se ha podido conservar, asimilar y cultivar el legado científico del pensamiento de Marx en nuestro medio, a pesar de los vaivenes políticos e ideológicos que lo circundan.

Debido a la influencia de la Universidad Nacional en el sistema universitario colombiano, el enfoque señalado se extendió a varios de los programas de sociología de otras universidades del país y, en general, se puede decir que la figura de Marx se halla presente en todos ellos, con mayor o menor énfasis. Hoy en día existen alrededor de quince programas de sociología en distintas regiones del país. También se puede señalar la presencia de la enseñanza y la investigación ligadas al autor en otros departamentos de la Universidad Nacional de Colombia como los de Filosofía, Historia, Antropología e incluso Geografía, y en las facultades de Economía y Derecho y Ciencia Política. En la década de 1990, después de la caída del Muro de Berlín y en un ambiente intelectual general desfavorable a Marx, se implementó en la Universidad Nacional de Colombia un curso electivo de carácter contextual e interdisciplinario, abierto a todo el estudiantado, titulado Marx: Miradas Contemporáneas. Este curso permitió el diálogo interdisciplinario entre los docentes de diferentes unidades académicas que lo desarrollaban (filósofos, sociólogos, economistas, antropólogos, historiadores, politólogos) y mantuvo el interés académico por la obra de Marx en un período crítico.

Bibliografía

- Alexander, J. 1990. «La centralidad de los clásicos», en: A. Giddens, J. Turner y otros, *La teoría social hoy*, 22-80. Madrid: Alianza Editorial.
- Bayón, F. 2004. *La prohibición del amor. Sujeto, cultura y forma artística en Thomas Mann*. Barcelona: Anthropos.
- Cataño, G. 1998. *Historia, sociología y política*. Bogotá: Plaza & Janés editores Colombia s. A.
- Foster, J. B. [2010] 2018. «Los *Grundrisse* de Marx y las contradicciones ecológicas del capitalismo», en: M. Musto, *Los Grundrisse de Karl Marx. Fundamentos de la crítica de la economía política 150 años después*. Bogotá, Colombia: Fondo de Cultura Económica/ Universidad Nacional de Colombia.
- Gouldner, A. W. 1979. *La crisis de la sociología occidental*. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Kägi, P. 1974. *La génesis del materialismo histórico. Karl Marx y la dinámica de la sociedad*. Barcelona: Ediciones Península.

- Marx, K. [1844] 1974. *Manuscritos: economía y filosofía*. Madrid: Alianza Editorial.
- Marx, K. [1867] 1975. *El capital*, t. I. México D. F./Madrid, España: Siglo XXI Editores.
- Mejía, C. A. 2014. «Karl Marx y Max Weber: un antiguo debate permanentemente renovado», en: C. Tejeiro (ed.), *Max Weber. Significado y actualidad*, 479-517. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Nisbet, R. [1966] 2003. *La formación del pensamiento sociológico*, t. I. Argentina: Amorrortu Editores.
- Pérez, H. 2002. «A propósito de los clásicos de la sociología», en: H. Pérez (ed.) *Ensayos sobre teoría sociológica. Durkheim, Weber y Marx*, 13-23. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Radkau, J. 2011. *Max Weber. La pasión del pensamiento*. México D. F.: Fondo de Cultura Económica.
- Rammstedt, O. 1988. *Simmel und die frühen Soziologen. Nähe und Distanz zu Durkheim. Tönnies und Max Weber [Simmel y los sociólogos tempranos. Cercanía y distancia hacia Durkheim. Tönnies y Max Weber]*. Frankfurt: Suhrkamp.
- Schmidt, A. [1962] 1977. *El concepto de naturaleza en Marx*. España: Siglo XXI Editores.
- Tejeiro, C. 2011. «Georg Simmel y la sociología», en: C. Tejeiro (ed.). *Georg Simmel y la modernidad*, 109-143. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Tejeiro, C. 2014. «Weber y Marx en el contexto del problema del Estado nacional alemán», en: C. Tejeiro (ed.), *Max Weber. Significado y actualidad*, 397-478. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Uricoechea, F. 1987. «El marxismo y la sociología en Colombia», en *Revista de la Universidad Nacional de Colombia* n.º 11, 42-48.
- Weber, M. [1904] 1982. «La “objetividad” cognoscitiva de la ciencia social y de la política social» en: M. Weber *Ensayos sobre metodología sociológica*, 39-101. Buenos Aires: Amorrortu.
- Zeitlin, I. 1982. *Ideología y teoría sociológica*. Buenos Aires: Amorrortu.

PRIMERA PARTE

Contexto histórico e intelectual

Hegel, Marx y el problema del Estado nacional alemán en el período entre la Revolución francesa y la Revolución de 1848

Clemencia Tejeiro Sarmiento

Universidad Nacional de Colombia

LAS VIDAS DE HEGEL (1770-1831) y Marx (1818-1883) se inscriben en el periodo de la gran eclosión de la vida moderna occidental, marcado por tres grandes acontecimientos: la independencia americana, la Revolución francesa y el desencadenamiento de la Revolución Industrial. Acontecimientos y procesos de significado universal, a partir de los cuales madurarán las formas estructurales de la sociedad moderna que venían gestándose desde los siglos xv y xvi: el Estado nacional como organización política, la economía de mercado basada en el régimen capitalista de producción portador de un nuevo sistema de relaciones sociales, el desarrollo científico y su conexión con el aparato productivo a través de la técnica, la separación del Estado y las organizaciones religiosas o laicismo del Estado. Y, sobre estas bases, la transformación cultural que llamamos Modernidad, que implica la crisis de las representaciones y cosmovisiones tradicionales, la búsqueda de significado de lo acaecido, la construcción de una nueva visión del mundo, el esfuerzo comprensivo de la filosofía y de las ciencias sociales nacientes. En el marco de esa compleja transformación estructural y cultural de la vida occidental, europea y americana, especialmente en el periodo que va desde la segunda mitad del siglo xviii hasta finales del xix, se manifestará de manera crítica la gran dificultad de Europa central, particularmente de Alemania e Italia, por acceder plenamente

a esas formas modernas de organización, a esa nueva estructuración del mundo del hombre (el Estado y la sociedad) que suponen una ruptura con las formas del pasado y una apertura a procesos de carácter universal portadores de nuevas formas.

Las circunstancias y dificultades de la esfera alemana en el proceso de modernización marcarán de manera determinante la problemática histórica particular que afecta de forma directa las condiciones en que se desenvuelven las vidas de Hegel y de Marx. Se trata de circunstancias comunes, condicionantes de ambas biografías, que se hace ineludible tener en cuenta para apreciarlas en su relación y continuidad, tanto en el aspecto existencial como en el relativo a sus preocupaciones, labor intelectual, significado y relación de sus obras.

El atraso, la división, la precariedad de las fuerzas económicas y políticas de su país natal planteaban la pregunta por Alemania: ¿de dónde brotaban las dificultades de su proceso económico, social y político?, ¿era posible su constitución como Estado nación unitario?, ¿bajo qué forma concreta?, ¿tenía esta nación algún papel histórico que jugar? ¿cuál?, ¿cuál era su destino y su lugar en el concierto de las naciones y, concretamente, en el contexto de una Europa que se redefinía y se remodelaba a ritmo acelerado? Esta constituyó la preocupación común, no solo de las dos grandes figuras que nos ocupan sino de prácticamente todos los pensadores alemanes contemporáneos de ellos, empezando por Kant y Fichte, pasando por juristas, teólogos, historiadores, poetas y nacientes científicos sociales. En dos momentos sucesivos, pero íntimamente ligados, Hegel y Marx vivirán esta problemática que los llevó a su respectiva búsqueda intelectual. Su pensamiento, filosófico y científico, no es independiente de esas circunstancias históricas y de las realidades sociales, políticas y materiales que los rodearon, por el contrario, estos pensadores van a hacer de ellas, en gran medida, el corazón de sus reflexiones e investigaciones.

La problemática de la formación del Estado nacional alemán y la configuración peculiar de Alemania que dificultaba su proceso de modernización, situadas en el horizonte histórico y político abierto por la Revolución francesa, constituyen el eje de la reflexión que se adelanta en este ensayo dedicado a demostrar su importancia como

elementos ineludibles en el esfuerzo de dilucidar la compleja relación intelectual entre Marx y Hegel. Siendo este último reconocido por parte de muchos biógrafos y comentaristas como la principal influencia intelectual de la obra de Marx, pero siendo muy discutido y problematizado el carácter, el significado y el sentido preciso de su vínculo, se hace necesario para el establecimiento claro de sus diferencias y continuidades —deuda intelectual, progreso o cambio en los terrenos filosófico, político, teórico y metodológico— recurrir a los elementos de carácter biográfico y circunstancias históricas que pueden contribuir a precisar aspectos de esa compleja relación. Podríamos decir que sin Hegel no habría Marx, pero también que Marx ha sido determinante en el destino y asimilación del pensamiento de Hegel y en el mantenimiento histórico, si bien intermitente, del interés por su obra en los campos de la filosofía y las ciencias sociales. Ambas figuras se deben entre sí, pero también cada una ha sido estigmatizada a la luz de la otra, y sobre ambas pesa la carga de las ideologías, los prejuicios y, muchas veces, la deficiente asimilación de su pensamiento, o, lo que es peor, su deformación.

Hegel y el estallido de la Revolución francesa

Nacido en Stuttgart, provincia de Suabia, el 27 de agosto de 1770, la mitad de la vida de Hegel se desarrolló en el Siglo de las Luces y de los grandes acontecimientos señalados y la otra mitad en el siglo XIX, que fue el siglo de las consecuencias de esos acontecimientos. Murió en Berlín el 14 de noviembre de 1831 arrebatado por una epidemia de cólera, en plena madurez de su pensamiento. Hijo de un funcionario del gobierno del ducado de Württemberg, su familia, de piedad luterana, pertenecía a una clase media intelectual descendiente de artesanos, en la que abundaban pastores protestantes, hombres de leyes y funcionarios que no tenían vínculos directos con la tierra ni con las actividades económicas como el comercio o la manufactura, pero que produjo por esa época grandes talentos como Reinhardt (político y diplomático francés), Hölderlin (poeta), Schelling y Hegel (filósofos). Según D'Hondt este sector social, que no se tiene más que a sí mismo, aspira a «una completa autonomía y a la hegemonía» acorde con su vivo deseo de «adquirir el saber y la cultura, la ciencia y la filosofía» (2002:

30). Educado en su ciudad natal en un colegio de excelencia, cuyos mejores alumnos continuaban sus estudios becados en el prestigioso seminario protestante de Tübingen (Tübinger Stift), el joven Hegel no escapó a este destino que significaba prepararse para ministro religioso o para maestro. Se formó en teología, literatura clásica y filosofía. Se apasionó por la historia y por la Antigüedad clásica, leyó la obra de Sófocles, *Antígona*, a la que siempre se remitirá, recibió la influencia de la *Aufklärung* alemana, identificándose con autores como Wolff y Lessing, y de la Ilustración francesa con Montesquieu y Voltaire (D'Hondt 2002: 34; Taylor 2010: 11). En el seminario probablemente tuvo el primer contacto con la obra de Kant (véase Taminiaux 2005) graduándose en 1793.

Su provincia, constituida entonces en Estado independiente, el ducado de Württemberg, era una patria pequeña, un pequeño Estado entre los más de trescientos en que se hallaba dividida la Alemania del aún vigente Sacro Imperio Romano de la Nación Germánica y un buen ejemplo, por sus peculiaridades, de la pluralidad política, diversidad de configuraciones y de procesos internos de los integrantes de este heterogéneo conglomerado de Estados. En el periodo que va desde la paz de Westfalia (1648) a la época de la Revolución francesa, veremos que muchos principados de tamaño pequeño y mediano desarrollaron en esta era de los absolutismos noblezas cortesanas y burocracias, siendo Prusia el Estado que sufrió mayor transformación y acrecentó su poder a lo largo del siglo XVIII hasta convertirse en el más poderoso rival de la hegemonía austriaca en la esfera alemana. En el ducado natal de Hegel, a diferencia del anterior, se contaba con un sistema parlamentario básico que contrapesaba amagos absolutistas:

[...] los estamentos consiguieron resistir, a finales del siglo XVII y principios del XVIII, los intentos de los duques de crear un ejército permanente y alcanzar la independencia financiera; Württemberg logró de forma excepcional conservar una tradición parlamentaria en activo hasta la formación de la Alemania moderna en el siglo XIX, siendo por ello frecuentemente comparado con Inglaterra. (Fulbrook 2009: 99)

El ducado de Württemberg tenía una relación particular con Francia no solo por la vecindad geográfica y su ubicación en el camino entre esta y Austria, cuyas luchas lo afectaron a lo largo de los siglos XVII y XVIII, padeciendo sucesivas invasiones de los ejércitos franceses o austriacos, sino por cuanto poseía feudos en su territorio y su gobernante ofrecía becas a jóvenes franceses. Por esta razón Hegel tuvo la oportunidad de intercambiar con estos becarios y muy pronto se sintió atraído por ese país y su lengua (D'Hondt 2002). Pero lo más relevante es que la Francia monárquica ostentaba esa unidad nacional que contrastaba con la dispersión política y administrativa alemana. El Sacro Imperio Romano Germánico o de la nación alemana, como figura política aglutinante, era en la realidad, dada la extraordinaria dispersión del poder político, tan solo un espectro y, por ende, sus territorios eran susceptibles de ser conquistados y ocupados y sus habitantes corrían el riesgo de ser sometidos por fuerzas extranjeras.

En el momento en que estalla la Revolución francesa Hegel se encuentra en plena juventud y, como bien lo señala Lukács, su entusiasmo por este magno acontecimiento, cuyo aniversario celebrará fielmente a lo largo de toda su vida (D'Hondt 2002: 61), es un hecho universalmente conocido. Él y sus compañeros del *Stif*, Hölderlin y Schelling, se ven seducidos por la emancipación del individuo, la proclamación de sus derechos, la abolición de los privilegios y de la tiranía. En comunión sembraron en el seminario un árbol de la libertad alrededor del cual bailaron entonando canciones revolucionarias. Pero no solo esto:

Según la tradición, constituyeron también en la Fundación de Tübingen el centro de un club secreto que se dedicaba a la lectura de los escritos prohibidos acerca de la Revolución francesa. Este entusiasmo se encuadra en aquel general estado de ánimo entusiasta ante la Revolución francesa que existió en la mejor parte de la intelectualidad alemana de la época. (Lukács 1972: 42)

Efectivamente, al igual que otros grandes pensadores alemanes como Kant, Herder, Fichte y Schelling y los poetas Klopstock, Schiller, Hölderlin y Wieland, Hegel admiró los logros libertarios de la

Revolución francesa, pero condenó el régimen del terror al que consideró «obra de la sin-razón» (Díaz 1987: 34).

El curso que tomaron los acontecimientos revolucionarios, seguidos con gran interés por parte de Hegel, ofrecía un doble rostro: el árbol de la libertad, pero también la guillotina (Gabilondo Pujol 1996). Como lo señala Charles Taylor, el impacto de la Revolución tuvo tanta fuerza

[...] por ser bivalente: entre las inteligencias jóvenes de Alemania había un entusiasmo seguido de horror perplejo. Mucho en los escritos de Hegel y de sus contemporáneos puede ser explicado por la necesidad de hacerse cargo de la dolorosa, perturbadora y moralmente conflictiva experiencia de la Revolución francesa. (Taylor 2010: 3)

La complejidad de la situación y del proceso de su época será materia fundamental de sus preocupaciones intelectuales y de sus reflexiones, así como insumos para su obra. Lo mismo se podrá decir de Marx en su momento.

Las guerras revolucionarias y el territorio alemán

La progresiva radicalización de la revolución inquietó cada vez más no solo a los pensadores sino a las otras monarquías europeas, incluso a las inicialmente simpatizantes. En agosto de 1791 el emperador del Sacro Imperio Romano Germánico, Leopoldo II, hermano de la reina María Antonieta de Francia, junto con el rey Federico Guillermo II de Prusia y otros príncipes alemanes, presionados por los nobles franceses exiliados, manifestaron en una declaración pública emitida en Pillnitz, su preocupación por el bienestar del rey Luis y su familia, la cual fue tomada por la Asamblea Nacional francesa como una amenaza. La guerra estalló en abril del año siguiente, preparada no solo por la oposición ideológica entre el gobierno revolucionario y las monarquías absolutistas europeas —de las cuales Austria y Prusia eran las más poderosas de la esfera alemana—, sino por la disputa continua por los territorios fronterizos. Muy pronto el gobierno revolucionario entró en hostilidades con Austria, invadiendo los Países Bajos austriacos. Se involucraron Prusia y Baviera y luego Inglaterra, iniciándose el periodo de las llamadas Guerras revolucionarias, que se sucedieron de

manera ininterrumpida a lo largo de la última década del Siglo de las Luces y a las cuales les seguirán las Guerras napoleónicas hasta 1815.

El Imperio alemán, en su conjunto, se vería cada vez más implicado y afectado por el proceso francés y la conmoción europea general. Los Estados y territorios que lo integraban, considerados individualmente, fueron impactados de múltiples y diferenciadas maneras. Experimentaron ocupaciones, anexiones, separaciones, unificaciones y esfuerzos de reorganización territorial más amplios. Es así como en este proceso, en 1792, los ejércitos franceses invadieron el Palatinado y se anexionaron los territorios al oeste del Rin. Tras la ejecución del rey Luis XVI en enero de 1793, Inglaterra, inicialmente simpatizante de la Asamblea revolucionaria, se unió a los otros países en la denominada Primera Coalición (Inglaterra, Austria, Prusia, España, Piamonte, Nápoles, Holanda) contra la Revolución. Con el recurso del reclutamiento en masa y no sin reveses en los múltiples frentes, Francia logra el triunfo en esta guerra (1793-1797) en la cual ocupó las antiguas Provincias Unidas y estableció un Estado satélite (la República Bátava) con la participación de patriotas holandeses impregnados de las ideas ilustradas francesas, el cual Napoleón transformaría en el Reino de Holanda en 1806, dándole la Corona a su hermano, Luis Napoleón Bonaparte. Prusia cedió la ribera izquierda del Rin y Francia anexionó a la república la región de Renania-Westfalia a la que mantuvo bajo su administración desde 1795 hasta 1814. Con estas ganancias territoriales se realizaba el deseo tradicional de los gobernantes franceses de extender la frontera hasta la margen izquierda del Rin, al que consideraban la frontera natural oriental de Francia.

A lo largo de 1796 el Sacro Imperio veía el avance de los ejércitos franceses a través de su territorio hacia Austria, que no pudo detener la ocupación del Tirol, invasión que se consolidará en el año siguiente cuando Austria cede Bélgica, pide la paz y reconoce el dominio francés sobre el Valle del Rin y buena parte de Italia. Solo Inglaterra continuará en lucha contra Francia. En ese contexto, Napoleón invade Suiza, estableciendo la República Helvética, y concibe la campaña en Egipto y Siria de 1798 con el propósito de golpear el poder naval británico en el Mediterráneo oriental, vital para el Imperio británico

y su comercio con Oriente, particularmente con India. Inglaterra y Austria organizaron una nueva coalición, incluyendo por primera vez a Rusia junto con Nápoles y Portugal, que temían ser invadidos por Francia e iniciaron diferentes invasiones con fracasos y algunos éxitos.

En 1799 Francia entró en una crisis político militar y financiera por algunas derrotas frente a la Segunda Coalición, circunstancia que llevó a Napoleón, apoyado por el ejército y su popularidad, a dar el golpe de Estado del 18 de brumario (11 de noviembre de 1799) contra la Constitución existente que lo convirtió en cabeza del gobierno y en primer cónsul de la República. En 1800, Napoleón envía al general Moreau —quien invadió Baviera y derrotó a Austria— a la campaña en Alemania y, en febrero de 1801 se firmó el tratado de Lunéville entre Francia y el Sacro Imperio Romano de la Nación Germánica en el cual se afirmaba que habría paz y entendimiento entre las dos naciones y se reconocía la soberanía de Francia sobre los territorios de la margen izquierda del Rin y su renuncia a la posesión de territorios al otro lado del río. Baviera estuvo bajo ocupación francesa entre 1794 y 1801 y, en este contexto, la dinastía Wittelsbach buscó en 1799 unificar todos los territorios bajo su gobierno que, como en el caso de otros Estados alemanes, eran agregaciones de dominios discontinuos; además, los territorios del Palatinado al este del Rin se anexionaron a Baden en 1803, perdiendo su estatus de Estado independiente.

Como consecuencia de esta situación se produce una serie de cambios radicales, algunos ya pactados y en marcha desde 1802, en la Constitución de Alemania por parte de la comisión de diputados del Reich (Dieta del Imperio) en febrero de 1803, cuya Resolución Fundamental hizo «desaparecer del mapa de Alemania los territorios eclesiásticos, los de las ciudades imperiales y los de los caballeros imperiales» (Dilthey [1925] 1944: 140) suprimiendo un gran número de entes autónomos y reduciendo los estamentos del Imperio de 112 a 40.

En 1801, ingleses y otomanos derrotaron a los franceses en Egipto e Inglaterra continuó la guerra en el mar. En 1802 termina la guerra, Inglaterra reconoce lo conquistado por Francia y firma el tratado de Amiens. Durante el periodo de paz más prolongado de todos estos años (trece meses) —aunque Inglaterra reanudó la guerra naval con Francia en 1803—, Napoleón se declaró Emperador en París en 1804.

La preocupación de Hegel

Al final de esa década de conflicto europeo generalizado por la fuerza del impacto de la Revolución, Hegel, en un texto fragmentario titulado «La Constitución alemana» (Hegel [1798-1800] 2003: 387-393), lamentaba el estado decadente en que se encontraba el antiguo Imperio Romano-Germano y se preguntaba por las consecuencias de la devastadora guerra que libraba el Imperio contra Francia. Comparaba la situación de Alemania con la de otros países de Europa, indagaba en busca de las causas de la situación e intentaba formular un sistema de criterios y principios que permitieran la organización unitaria de Alemania, pues era evidente la debilidad de la nación como consecuencia del particularismo político establecido. Se preguntaba, por ejemplo, si la decadencia se debía a una situación de cobardía de su pueblo, a la existencia de una quiebra económica nacional, o si la debilidad se debía a una carencia de cultura, de eticidad o de religiosidad. Consideraba que nada de esto podía decirse y que por lo tanto las causas del desastre no podían ser buscadas en los individuos, sino que debían ser atribuidas a la fragmentación del país y a las deficiencias «en el mecanismo del todo». En cuanto al factor económico, Hegel señalaba que, aunque hubiera mala administración en cada Estado alemán particular, no se podía hablar de una quiebra nacional, en la medida en que Alemania no conocía aún los problemas relativos a la administración de una «deuda nacional», como sí ocurría en otros Estados europeos que ocupaban, además, las mejores inteligencias en ello. Esta problemática lo llevará al estudio de la economía política anglosajona y francesa, a la que alude posteriormente en la *Enciclopedia* y que será la base de sus elaboraciones del concepto de sociedad civil en la *Filosofía del derecho*.

Ante los ojos de Hegel la Constitución del Imperio alemán se revelaba como la más miserable de todas las existentes, a excepción de las tiranías, pues sus formas jurídicas construidas en el pasado, según sus palabras, «ya no leen la vida y las fuerzas del presente», ya no corresponden al «espíritu del tiempo» y, sobre todo, encontraba que limitaban tanto las posibilidades de acción del Estado como la acción per-formadora de las nuevas fuerzas económicas y sociales. Esas formas políticas y jurídicas alemanas carecían, según su diagnóstico,

de unidad y de principio y procedían de la consagración como derecho de las autonomías y las posesiones individuales:

[...] mientras que en la Constitución todo poder político y derecho del individuo provienen del todo, en Alemania cada miembro se debe su poder político a sí mismo (como parte de su familia o estamento). Por tanto, los principios del sistema de derecho público alemán no se derivan de conceptos fundados en la razón, sino, hasta donde es posible, de realidades luego elaboradas en la abstracción. (Hegel [1798-1800] 2003: 389)

En este texto, Hegel señalaba la debilidad del poder imperial y consideraba que si el impulso al aislamiento y el particularismo, propio de la soberanía local, era el único principio motor en el Imperio alemán, «Alemania se irá hundiendo cada vez más en el abismo de su disolución» y se pregunta, dramáticamente: «¿Se encontrará Alemania aún en la divisoria entre el destino de Italia y la unión en *un* Estado?» (390). Dilthey señala que el tema que aborda este manuscrito de Hegel es la pregunta

¿Cómo puede Alemania convertirse de nuevo en un Estado?...

Porque Alemania ya no es un Estado. Esta afirmación presupone la definición de qué sea un Estado, y por eso el trabajo se coloca en la serie correspondiente al desarrollo de la teoría política que acompaña, partiendo de Maquiavelo, Bodino, Grocio y Hobbes, a la historia política de los pueblos modernos y que podemos seguir en Alemania desde los días de la Unión y de la Liga, sobre todo en los múltiples intentos de una interpretación de la constitución tradicional del Imperio. (Dilthey [1925] 1944: 140)

La respuesta a esta problemática solo la tendrá el proceso histórico —que estamos revisando en algunos de sus aspectos relevantes—, pero la formulación y comprensión del problema, llevadas a su plena madurez conceptual y filosófica, serán el contenido de su obra *Filosofía del derecho*, elaborada veinte años más tarde y con la que cierra su sistema filosófico.

Reorganización territorial de Alemania bajo Napoleón

En 1805 Rusia, Austria, Suecia y Nápoles se unieron a Inglaterra formando la Tercera Coalición contra Francia. Tras la derrota de Trafalgar ese año y considerando su superioridad para la lucha en tierra, Napoleón dirigió sus fuerzas contra los ejércitos austriacos que se encontraban ocupando Baviera, triunfando en la batalla de Ulm, Württemberg, y luego en Austerlitz, favorecido por la descoordinación entre los ejércitos aliados de Rusia y Austria. Tomó Viena al poco tiempo y organizó la Confederación del Rin, agrupando inicialmente dieciséis Estados alemanes bajo esta figura de la que se declaró protector, con lo cual tuvo a su disposición nuevos ejércitos. Ante esta situación, Prusia y Rusia hicieron una alianza estableciendo la Cuarta Coalición y atacaron la Confederación, siendo derrotada Prusia simultáneamente en dos batallas, la de Auerstädt y la famosa batalla de Jena, lo cual le permitió a Hegel presenciar la entrada triunfante de Napoleón, «el espíritu universal a caballo», a la ciudad en la que se encontraba desde 1801 como profesor universitario. Tras estas derrotas militares, en 1806, Prusia y Berlín quedaron bajo ocupación francesa, Napoleón abolió el viejo Imperio Romano-Germano cuyo emperador en Austria, Francisco II, pasó a llamarse Francisco I y continuó el proceso de reorganización de los territorios alemanes: en Alemania occidental creó el reino de Westfalia constituido por Hanover y territorios tomados de Prusia que, junto con los tomados para la creación del Gran Ducado de Varsovia, perdió prácticamente la mitad de su territorio nacional. Ambos pasaron a hacer parte del Imperio francés que, gracias al primero, gobernado por Jerónimo, hermano de Napoleón, extendió su frontera hasta el Elba, incluyendo el puerto de Lubeck sobre el Báltico; en cuanto al ducado de Württemberg, durante la época napoleónica ganó en territorio a expensas de Austria y en estatus al ser elevado primero a Gran Ducado y en 1806 junto con Baviera y Badén, otro antiguo Estado, fueron constituidos en reinos debido en parte a la Confederación del Rin. Estos nuevos reinos tuvieron que conceder territorios, pero también ganaron otros y recibieron en sus gobiernos a familiares del emperador. Berg fue separado de Baviera, se convirtió en Gran Ducado bajo el gobierno de

Joaquín Murat, cuñado de Napoleón y, luego, de su sobrino Napoleón Luis Bonaparte entre 1809 y el momento de su desaparición en 1813, tras la derrota de Napoleón y los tratados de paz que le siguieron, en tanto que Baviera sobrevivió como reino hasta el final de la Primera Guerra Mundial. Con la reordenación política de los territorios alemanes muchos antiguos Estados desaparecieron.

Impacto económico de la expansión napoleónica

En 1807 Napoleón derrotó a Rusia en Friedland y mediante el tratado de Tilsit, que le proporcionó el dominio de la Europa occidental y central, se firmó la paz que lo condujo al enfrentamiento directo con Inglaterra por otros medios. Al reunir las condiciones para reforzar la política iniciada en Berlín de bloquear el comercio del continente con Inglaterra para debilitarla económicamente, y como recurso alternativo ante su imposibilidad de derrotarla militarmente en el mar, Napoleón esperaba que sus funcionarios de aduanas le hicieran más daño a Inglaterra que sus propios ejércitos. El bloqueo comercial era también un complemento de la expansión imperial que buscaba abrir los mercados del continente a los productos franceses, la creación de un sistema económico continental dominado por Francia y resarcir su economía ante la pérdida de las colonias de ultramar. De esta suerte, quedaron prohibidas en el continente todas las mercaderías procedentes de Inglaterra y también las de origen neutral si estaban bajo el control comercial británico. Rusia se vio muy perjudicada en su actividad comercial en los años siguientes por el sistema continental que se vio obligada a aceptar. Pero el control efectivo del bloqueo en líneas aduaneras tan extensas implicaba un despliegue de fuerzas enorme y un control militar más pronunciado que llevó tanto a abusos como a desgaste y a modificar arbitrariamente muchas fronteras territoriales.

Inglaterra sintió el golpe de la política napoleónica del bloqueo y, efectivamente, su comercio a través del Báltico quedó interrumpido durante 1808 y por el Mediterráneo fue reducido al mínimo con España e Italia, causándole graves pérdidas. Sin embargo, podría decirse que, como consecuencia lógica, se activó el contrabando de mercaderías inglesas que por Gibraltar y la Isla de Malta entraban desde el sur del continente. Después, a partir de 1809, Suecia se convirtió en el punto

de acopio de los productos ingleses que ingresaban luego al continente por el Mar del Norte y el Báltico con destino a Europa Central, a Prusia o a Rusia y con la anuencia de las autoridades encargadas de impedirlo. A la larga, la guerra comercial entre Francia e Inglaterra, sostenida bajo la política del bloqueo continental, perjudicó más a la primera pues también se bloqueó el comercio colonial que la abastecía de alimentos y materias primas (azúcar de caña, café, algodón, etc.), el cual se intentó sustituir, infructuosamente, con producción europea.

De la misma manera, Francia debía hacer el esfuerzo económico de reemplazar las importaciones de productos industriales ingleses. Por su parte, Inglaterra tenía mucha más flexibilidad y posibilidad de abrir alternativas allende los mares a su disminuido comercio con el continente. En ese contexto, las colonias americanas se negaron a reconocer a José Bonaparte como rey de España y, a medida que entraban en su proceso independentista, se abrieron al comercio con Inglaterra desde 1810. En suma, entre 1809 y 1810 el bloqueo impuesto a Inglaterra era un fracaso y Napoleón tuvo que endurecer su control mediante un mayor rigor administrativo sobre los territorios en que más se burlaba su política. La máxima extensión del Imperio napoleónico se alcanzó entre 1810 y 1811.

La Confederación del Rin, creada y protegida por Napoleón, fue incorporando otros Estados alemanes y en el momento de su máxima extensión, entre 1808 y 1809, estuvo integrada por 38 Estados (cuatro reinos, Baviera, Württemberg, Sajonia y Westfalia; 18 Grandes ducados y ducados; y 16 principados). Tras la disolución del Sacro Imperio, muchos pequeños Estados alemanes que habían podido subsistir desde la Paz de Westfalia gracias a esta figura que los cobijaba, ya no pudieron conservar su independencia, siendo absorbidos por unidades territoriales más grandes; además, desaparecieron muchos títulos de condados y principados y la dignidad electoral en casos como el del Palatinado, que fue un Estado independiente hasta 1803. Por otra parte, los Estados sobrevivientes particulares ganaron en autonomía política y legislativa en ausencia del Imperio; mientras que la Confederación del Rin, como figura aglutinante, no constituía propiamente una sustitución en estos aspectos, cosa que luego afectó los esfuerzos de unificación en Alemania. Bien acogida por el pueblo

en un principio e interpretada como un paso hacia la unificación, la popularidad de la Confederación disminuyó a medida que la integración en el Sistema Continental se tradujo en la implantación de duras medidas económicas.

Como es lógico, fueron las regiones más occidentales de Alemania las más transformadas por el proceso revolucionario del país vecino en la medida en que resultaron tempranamente anexadas y administradas. Tal es el caso de la región de Renania-Westfalia, donde nacería Karl Marx, que gozó de los beneficios de las reformas económicas, políticas y administrativas impulsadas por el proceso revolucionario de Francia, de manera que los 108 pequeños Estados en esta región alemana se redujeron a solo cuatro (McLellan 1977: 57). Otro caso fue el de los Estados creados como satélites estratégicos para Francia o el conjunto de Estados agrupados bajo la Confederación del Rin, para los que resultó mucho más onerosa y difícil su participación en el sistema económico continental organizado por Francia, y un caso más fue el de los Estados invadidos, pero fuera de las modalidades citadas, como Prusia, aunque también en ella se introdujeron importantes reformas en el periodo de dominación napoleónica, como se verá posteriormente.

En suma, el antiguo Sacro Imperio Romano Germánico sufrió una gran reorganización territorial y podría decirse que no hubo rincón que no se viera afectado y modificado por el proceso de la Revolución francesa en uno u otro aspecto, pero ciertamente no con la misma profundidad. Una razón fundamental de las diferencias fue el estatus de los diferentes territorios alemanes en relación con la Francia del periodo comprendido entre 1792 y 1815.

Transformación jurídica y administrativa bajo la dominación napoleónica

Tras el golpe de Estado del 18 de brumario de 1799, que lo convirtió en el primer cónsul de la República, Napoleón Bonaparte se propuso terminar la estructura jurídica del Antiguo Régimen mediante la elaboración de un conjunto de códigos que le permitieran la modernización, organización y administración del Estado, la población y los territorios, bajo el criterio fundamental de la formulación de normas

de aplicación general y la racionalización de los sistemas político, judicial, administrativo, fiscal y financiero. Con el más destacado entre ellos, el Código Civil de los franceses de 1804 —conocido a partir de 1807 como Código Napoleón—, todas las provincias francesas, incluyendo los territorios anexados en el proceso de expansión imperial y todos los Estados creados bajo el Imperio, tuvieron las mismas leyes civiles, las cuales incorporaban los grandes logros de la Revolución: las libertades individuales (la libertad de trabajo, de conciencia y culto); la seguridad de la persona y la propiedad, la igualdad frente a la ley a cambio del viejo sistema de exenciones y privilegios; las libertades de prensa y asociación; y se estipulaba la abolición definitiva del régimen feudal y la servidumbre.

Con la unificación jurídica se buscaba superar las contraposiciones y contradicciones que generaba la coexistencia de diferentes regímenes legales y normas locales que dificultaban la administración pública e impedían la estabilidad política, así como eliminar todas las leyes o normas especiales que afectaban solo a determinados sectores de la población como la aristocracia, los gremios, el campesinado, etc. La extraordinaria importancia histórica, política y jurídica de este instrumento simplificador y generalizador es reconocida universalmente y la evaluación de su impacto en la esfera alemana ha sido materia de estudios comparativos y detallados de historia social y jurídica¹, los cuales pasaron de estructuras estamentales feudales o semif feudales a formas más modernas, al modificar e, incluso, revolucionar las bases tradicionales de estas sociedades con el cambio de las relaciones de trabajo y propiedad, inducido en buena medida por la nueva legislación.

En este periodo de dominación napoleónica, también se introdujeron en Prusia importantes reformas que eliminaron barreras feudales y buscaron crear una sociedad burguesa de ciudadanos libres, tales como: la supresión de la servidumbre, la libertad de asociación, la autonomía municipal, la igualdad ante la ley, el servicio

1 Como el realizado por Elisabeth Ferenbach (1980), focalizado en su efecto sobre el conjunto de Estados alemanes que integraron la Confederación del Rin.

militar obligatorio, etc., aunque algunas de estas reformas quedaron finalmente a medio camino.

Bajo la dominación francesa también se buscó dotar a cada Estado de una Constitución en la que se establecía el sufragio universal masculino, se declaraban los derechos fundamentales y se creaba un parlamento. Si bien la creación efectiva de gobiernos constitucionales se logró en casos significativos, siguió siendo solo una promesa para muchos de los Estados bajo su influencia y un tema central de las posteriores luchas políticas en la Europa del siglo XIX, particularmente en la esfera alemana.

Otro aspecto significativo del periodo napoleónico fue la importancia concedida al estímulo de las ciencias y las artes, para lo cual cada Estado debía disponer de institutos y academias dedicadas a tal propósito y a la financiación de los investigadores. Ligado a esto se modificó y organizó el aparato educativo de manera que las escuelas se sometieron a una administración centralizada, se amplió el aparato educativo, democratizándose el acceso a la enseñanza secundaria, sin prejuicios sociales o religiosos.

Por la importancia que va a tener en el desarrollo futuro de Alemania y en la vida tanto de Hegel como de Marx, es muy importante destacar, entre las reformas implementadas en Prusia durante el periodo de dominación napoleónica, la reforma del sistema educativo encargada a Wilhelm von Humboldt. Esta culminó con la creación de la Universidad de Berlín entre 1809 y 1810 a la que concibió constituida por unidades de investigación y enseñanza orientadas al desarrollo de la ciencia, lo cual servirá de modelo para el desarrollo de otras universidades dentro y fuera de Alemania, a lo largo del siglo XIX. Según el concepto de su fundador, la institución universitaria gozaría de gran autonomía frente al Estado, este principio —como mostraron los hechos políticos posteriores— resultó difícil de sostenerse en la práctica, pero revistió gran importancia como concepción ideal de dicha institución. Por otra parte, von Humboldt consideraba que se deberían vincular a ella los más brillantes intelectuales y científicos, entre otras cosas, como garantía del ejercicio de la autonomía puesto que, por propia vocación, estos docentes e investigadores buscarían la verdad y el cultivo de la ciencia. Efectivamente, desde su etapa

fundacional la Universidad de Berlín contó entre sus profesores con figuras como el filósofo Fichte, el teólogo Schleiermacher y el jurista Friedrich Karl von Savigny, que se vincularon desde 1810 invitados por el fundador. Para los fines de esta exposición es importante destacar a este último por tres razones: (1) su notable influencia en la época, (2) su antagonismo con Hegel y (3) su docencia en los años de la formación universitaria de Marx en esa institución entre 1836 y 1841. Especialista en Derecho Romano y Penal, von Savigny fue inicialmente vinculado para ocupar la cátedra de Derecho Romano en remplazo de Humboldt, en cuyo ejercicio e investigaciones buscó la recuperación del método jurídico de los romanos. Consideraba que el Código de Napoleón era una mala transcripción del Derecho Romano y expresión de su despotismo militar; luego ocupó el cargo de rector en 1812 en remplazo de Fichte, y fue profesor de la Universidad hasta 1842. Como miembro destacado de la Escuela Histórica del Derecho fundada por Gustav von Hugo —quien sostenía que «la justificación primaria de toda ley residía en su existencia histórica» (McLellan 1977: 60)—, von Savigny consideraba que la historia es la disciplina encargada de investigar y encontrar el derecho que debe ser estudiado y organizado por los juristas. En el desarrollo de su carrera académica y en el ejercicio de los diversos cargos públicos que desempeñó en el Estado prusiano a lo largo de la primera mitad del siglo XIX, sostuvo la necesidad del tratamiento histórico de la ley, pues consideraba que el derecho es parte orgánica de la vida nacional, creación de cada pueblo y expresión de su espíritu y, por ello, la ley no puede ser arbitrariamente impuesta sobre un pueblo o un país sin tener en cuenta su historia y su grado de civilización. Lo que era bueno o adecuado jurídicamente para un pueblo no lo era necesariamente para otro. Por su enfoque y sus aportes metodológicos se le considera el fundador de la jurisprudencia moderna en Alemania y es reconocido como uno de los grandes opositores a las teorías del derecho natural impulsadas por los ilustrados franceses del siglo XVIII que guiaron los cambios jurídicos de la Revolución francesa, cuyos principios, establecidos mediante la razón, se formularon con carácter universal. Sobre la misma base de su postura historicista particularista será, posteriormente, un opositor del esfuerzo racionalizador y unificador que Hegel expresó

en su *Filosofía del derecho* y que divulgó en el ejercicio de la docencia universitaria en Berlín. La oposición de estas concepciones o posturas jurídicas fundamentales se manifestará a lo largo del proceso de modernización y transformación política y jurídica del país. Bajo su perspectiva, von Savigny se opuso con fuertes argumentos a la creación de un código único para Alemania en el contexto de la finalización de las guerras napoleónicas.

La derrota de Napoleón, la Restauración y la lucha contra el liberalismo en Alemania

En el intento de romper el bloqueo naval británico, Napoleón se enredó en un conflicto desgastador desde 1808 en la península ibérica, que lo perjudicaría estratégicamente en los años siguientes y en el momento decisivo. Austria, previamente unida a Francia, vio la oportunidad de intentar recuperar su Imperio alemán y formó en 1809 la Quinta Coalición con Inglaterra contra Francia, en la cual Baviera luchó del lado francés y tras la derrota en su suelo, Austria entregó varios territorios, firmó una alianza con Francia y un año después se celebró la boda de Napoleón con María Luisa, hija del emperador austriaco. En 1812, fuera de casillas por los tratos clandestinos del zar Alejandro con su gran enemiga, Inglaterra, y motivado también por el hambre y el descontento reinantes en Francia, Napoleón decidió invadir Rusia para evitar que esta, a su vez, invadiera Polonia y obligarla a permanecer en el Sistema Continental, para lo cual se apoyó en fuerzas de la Confederación del Rin, especialmente de Sajonia y Baviera. Como respuesta se unieron entre 1812 y 1814 Gran Bretaña y Rusia, al inicio de 1813 se agregó Prusia, luego Austria y posteriormente los Estados alemanes de Württemberg, Baden y Hesse en la Sexta Coalición contra Francia y se desarrollaron las denominadas guerras de liberación de Alemania, animadas por un fuerte sentimiento nacionalista. Francia debía ser derrotada primero militarmente y luego política e ideológicamente.

La derrota de Napoleón en Borodino marcó el inicio del fin de la era napoleónica y tras la derrota decisiva en la batalla de Leipzig en 1813 —la más sangrienta de todas las guerras napoleónicas libradas—, conocida como la batalla de las Naciones, se disolvió la Confederación del Rin. Los aliados empezaron a cercar Francia y avanzaron sobre

París por primera vez desde 1793. Allí, cada uno de los Estados suscribió la paz y respaldó la alianza de Austria, Rusia, Prusia y Gran Bretaña, conocida como la Santa Alianza, se convocó el Congreso de Viena (1814-1815) encargado de darle un nuevo orden político a Europa bajo la supervisión de las cuatro potencias. Vino el período histórico conocido como la Restauración, el cual se inauguró con el restablecimiento de la monarquía en Francia, sobre la base jurídica general del Antiguo Régimen, pero con la concesión de una carta constitucional y la conservación del parlamento y las elecciones de diputados, inexistentes antes de 1789.

En cuanto a Alemania, a partir del Congreso de Viena se organizó la Confederación Germánica, integrada por 41 unidades políticas en sustitución del viejo Imperio alemán, la cual no pasó de ser una asociación de Estados soberanos que frustró las esperanzas de muchos sectores sociales de lograr un Estado nacional unido y libre. A través del único órgano de la Confederación Germánica, la Asamblea Federal de Fráncfort —constituida por representantes de los gobiernos soberanos de los diferentes Estados y con presidencia austriaca—, la política de la Restauración buscó limitar las libertades de carácter burgués y el avance del liberalismo desde el inicio de sus sesiones en 1816. Los territorios de Renania y Westfalia se anexaron a Prusia, con lo cual este Estado

[...] ganó no solo en tamaño y población, sino —lo que era más crucial— en poder y potencial económico. Ahora Prusia no solo se había acercado más a Austria, principal Estado de la esfera alemana, en simples términos demográficos, sino que estaba en condiciones de rebasarla en términos de desarrollo económico, un factor básico en el siglo de la industrialización. (Fulbrook 2009: 124)

En Prusia, a pesar de la promesa del monarca Federico Guillermo III de establecer una Constitución, no fue posible sentar las bases para una monarquía constitucional. Por el contrario, se tomó un camino conservador que se manifestó, entre otros aspectos, en la implementación de la política confesional del «Estado cristiano» y con ella se perdieron las libertades civiles, especialmente las religiosas, de que se había gozado en Renania bajo el Código napoleónico. Sectores es-

pecíficos de la población se vieron particularmente afectados, como es el caso de las comunidades judías entre las que se encontraba la familia de Marx. El padre de Marx, al igual que el resto de la comunidad judía de la región renana, experimentó la bondad del marco jurídico creado por Napoleón que le permitió, en su caso, el ejercicio de la profesión de abogado y el acceso a cargos públicos, gracias a la igualdad civil de que se disfrutaba. Ante el retroceso de la legislación renana a la existente en Prusia, bajo cuya administración ahora se encontraba, para conservar las condiciones de su ejercicio profesional en la nueva situación, se hizo necesaria su conversión y la de su familia al cristianismo luterano, más afín a su ideología liberal que el catolicismo predominante en su región y, tal vez también, elegida por ser la religión oficial del Estado prusiano al que ahora pertenecían. En este contexto nació Karl Marx en Tréveris en 1818, una de las ciudades más antiguas de Alemania, lo cual, según uno de sus biógrafos «le infundió un sentido de honda tradición histórica» y pasión por este tipo de conocimiento (McLellan 1977: 9-10). Comparada con otras zonas de Alemania, Tréveris experimentó tempranamente la desestabilización de su vida económica tradicional y junto con ella, hacia las décadas de 1820 y 1830, la expansión de los ideales liberales y la entrada de las doctrinas francesas del socialismo utópico. Las ideas de Saint-Simon y Fourier fueron activamente propagadas por ideólogos liberales y, a la vez, condenadas por las autoridades en la Tréveris de la juventud de Marx, al igual que en otras áreas del territorio alemán (McLellan 1977: 10-11). Junto con los valores de la Ilustración transmitidos por su padre y la formación humanista clásica recibida en el bachillerato, Marx fue iniciado en el conocimiento de las ideas políticas progresistas de Saint-Simon por su futuro suegro, el barón von Westphalen (25), hombre culto de ideas liberales.

En los años siguientes al Congreso de Viena, una expresión de la inhibida actividad política en Alemania fue la fundación de asociaciones y organizaciones, especialmente entre los intelectuales y las capas estudiantiles. En 1817, con ocasión de un festival de carácter cultural realizado en Wartburg, varias de esas corporaciones de estudiantes usaron por primera vez los colores negro, rojo y oro para simbolizar su movimiento consagrado a la lucha por la unidad nacional y la li-

bertad política. En 1819, tras el asesinato de un dramaturgo antiliberal, cometido por un miembro de una de esas asociaciones, Metternich, máximo exponente de la política de la Restauración aprovechó para que Austria y Prusia, los dos Estados principales del mundo alemán, firmaran los decretos de Karlsbad que incluían fuertes medidas de censura y vigilancia con las cuales se buscaba reprimir el avance de las ideas liberales en las universidades, la prensa y la vida pública. Vino la práctica de la destitución de los profesores considerados subversivos, la disolución de las sociedades estudiantiles, la prohibición de algunos periódicos y la censura de toda publicación de poca extensión. Con estos decretos hubo un retroceso en muchas de las iniciativas, principios liberales y reformas que se habían iniciado en el periodo napoleónico en diversos Estados pues «dichas medidas se incorporaron al derecho constitucional de la Confederación por medio del Acta Final de Viena» (Fulbrook 2009: 125) y, de esta manera, se hizo prácticamente imposible la actividad política en la Alemania de la Restauración.

Entre 1818 y 1820 en algunos Estados alemanes como Baden, Württemberg y Hesse-Darmstadt se establecieron Constituciones de carácter progresista, Baviera, que ya contaba con una desde 1808 y venía sosteniendo una política de modernización entre 1799 y 1817 a través del ministro Montgelas, la modernizó en este periodo, en tanto que en Prusia, a lo largo de los siguientes decenios, la actitud asumida sería la de impedir el desarrollo de los ideales liberales y republicanos no solo en su territorio sino en toda Alemania.

Hegel se vinculó en 1818 a la Universidad de Berlín para ocupar el cargo dejado por Fichte años atrás. Empezó a preparar ese año la *Filosofía del derecho*, publicada en 1821 como obra que cierra su sistema filosófico, en la cual, a partir de conceptos fundados en la razón, desarrolla los principios de un sistema de derecho público y afirma que solo bajo la forma del Estado unitario concebido como el «todo», la «totalidad» o la «universalidad», y fuente de todo derecho, es posible la realización de la libertad y la superación del particularismo. Por eso llamó al Estado «la realidad de la libertad concreta», consideró que «la libertad del Estado es la libertad del individuo» y rechazó la idea de que el hombre fuera libre por naturaleza y que el Estado recortara esta libertad natural (Hegel [1821] 2017: 259-260). El Estado, en su

concepción, no es el limitador de la libertad sino, por el contrario, el espacio y la condición de su realización. En esa década completó con sus alumnos su obra filosófica y preparó dos ediciones más de la *Enciclopedia de las ciencias filosóficas*, publicada por primera vez en 1817, texto fundamental que, a manera de manual, apoyó su labor docente y permitió la divulgación amplia de su sistema filosófico. Entregado a la docencia alcanzó su máxima popularidad e importancia y su influencia en Prusia creció de manera permanente a lo largo de la década de 1820. En 1830 fue nombrado rector de la Universidad de Berlín y, al año siguiente, recibió una condecoración del rey Federico Guillermo III, gesto con el cual se le reconoció como el filósofo oficial de Prusia, por su concepción del Estado y su función.

Entretanto, en Francia, al igual que en otras partes de Europa, se vivía un ambiente de agitación y descontento político general, y se desarrollaban movimientos nacionalistas en varios países. Ante las tendencias absolutistas mostradas por los dos últimos gobiernos borbones que limitaron el poder de las cámaras, la burguesía liberal canalizó el descontento y lideró el movimiento político que condujo a la Revolución de julio de 1830 y al establecimiento de una nueva monarquía parlamentaria liberal con Luis Felipe de Orleans, «el rey ciudadano», a la cabeza. Esta nueva revolución burguesa afectó a varios países, entre ellos a Polonia, Italia y Alemania, en donde se produjeron levantamientos —en Hannover, Hesse y Sajonia— y emergieron organizaciones políticas que fueron fuertemente reprimidas. Hechos como la independencia de Bélgica, que se produjo en ese momento y donde al igual que en Francia se restableció la monarquía constitucional, indicaron el inicio del resquebrajamiento del orden político europeo establecido por el Congreso de Viena. Paralelamente, progresaba la democracia en Estados Unidos y en Inglaterra, al igual que en Francia, y se iniciaba la acción política de la clase trabajadora de manera independiente a la burguesía. En este contexto, afectado por las revueltas populares y víctima de la epidemia de cólera que entró en el país en 1831, murió Hegel al final de ese año en el punto más alto de su carrera, a los 61 años. En su biografía de Hegel, Jacques D'Hondt destaca el hecho de que fuera una figura como Edward Gans, ideólogo liberal, judío converso, quien pronunciara la oración fúnebre en su sepelio.